

FUERZA MIL

LOUIS G. MILK

Fuerza Mil

Louis G. Milk

Espacio el Mundo Futuro/353

CAPÍTULO I

El asteroide estaba allí desde hacía millones de años. En tiempos había formado parte de un planeta que estalló. Sus fragmentos se dispersaron por el espacio.

Algunos fueron capturados por los planetas vecinos y se constituyeron en sus satélites. Otros quedaron flotando en una relativa libertad, para formar una especie de cinturón de pedruscos de todos los tamaños, desde los trescientos kilómetros al que apenas era un pequeñísimo grano de arena.

Este asteroide era de un tamaño regular. Tenía unos cinco kilómetros de largo, por tres de anchura y tres y medio de grosor. Su volumen, por tanto, oscilaba entre los cincuenta y los cincuenta y cinco kilómetros cúbicos.

Parecía una inmensa baldosa de forma aproximadamente oval. Las superficies de los sectores más largos, como si dijéramos las caras de la baldosa, eran relativamente planas, con escasas irregularidades que no alcanzaban, salvo en dos o tres casos aislados, los doscientos metros de altura.

Tenía una numeración en la tabla astronómica de asteroides, pero oficialmente se le había aplicado un nombre. Estaba compuesto por dos letras y una cifra: PA-1. Las letras representaban el anagrama de una frase: «Plataforma Asteroidal», y el número indicaba que se trataba de la primera plataforma de dicho género.

La distancia media de su órbita al sol era de unos trescientos ochenta y cinco millones de kilómetros. En el apogeo podía situarse a quinientos cuarenta y seis y en su perigeo a doscientos noventa y dos. El tiempo de su revolución en tomo al Sol era de setecientos setenta y siete días, nueve horas y algunos segundos. Además, tenía un movimiento de rotación alrededor de su eje más corto —el que, idealmente, hubiera pasado por el centro de la baldosa oval ya

descrita— de unas tres horas de duración. Por tanto, PA-1 daba ocho vueltas sobre sí mismo en un período de veinticuatro horas GMT —tiempo u horario del meridiano de Greenwich.

PA-1 era un asteroide dotado de una curiosa peculiaridad: poseía un satélite. Éste no tenía nombre alguno: se le aplicaba el suyo científico, o bien, algunos tipos de buen humor, le llamaban la «chinita». Estaba a unos cinco mil metros escasos de PA-1 y era como una especie de bola irregular de piedra, de unos ciento veinte metros de diámetro. Giraba en torno a PA-1 en media hora escasa y, al mismo tiempo, giraba también sobre sí mismo, empleando otro período de tiempo análogo. La órbita del satélite tenía un plano que seccionaba —idealmente— el plano mayor de PA-1 con una inclinación de unos cuarenta grados.

PA-1 y su satélite estaban habitados. Ocupados es la palabra más exacta, puesto que, cuando terminaba la jornada de trabajo, los hombres que estaban en el satélite regresaban a sus alojamientos de PA-1.

Había unos cuarenta hombres en total. Todos ellos estaban desarrollando el proyecto que había recibido el nombre oficial de Fuerza 1.000, salvo uno, cuyos trabajos eran por completo independientes de los del proyecto F-1.000. Lo cual no quiere decir que no se relacionase con ellos en actos que no tenían que ver nada con la ciencia, como comer, charlar en los momentos que no se trabajaba y descansar en el alojamiento que le había sido asignado.

El trabajador independiente era el profesor Stebbins. El general Monner era el coordinador del proyecto F-1.000. El Dr. Earcutt era el director científico, y Shann Farmley, llamado Kid por sus amigos, el ayudante principal del Dr. Earcutt.

Si el proyecto F-1.000 tenía éxito, el asteroide en peso sería trasladado al planeta.

Pero no propulsado por un sistema de gigantescos cohetes, sino por un procedimiento muy distinto y mucho más cómodo, que era el que estaban ensayando en aquellos momentos.

* * *

Los transmisores de radio de cuantos intervenían en la prueba estaban conectados con el Control Central. Bajo la supervisión del

Dr. Earcutt, Shann Farmley dirigía la prueba.

Estaban en el exterior, vestidos todos con los trajes del espacio. Farmley y dos o tres de sus ayudantes se hallaban al pie de un extraño aparato que parecía un cañón de grueso tubo de unos sesenta centímetros de calibre de ánima, tres metros de alto y siete u ocho de largo. El cañón estaba resguardado bajo una cúpula que lo aislaba de las bajísimas temperaturas del vacío espacial y fuera de la misma sólo asomaba su boca. Todos los movimientos del aparato se efectuaban desde afuera por mando eléctrico a distancia.

Varios tubos flexibles, brillantes, salían de la culata del cañón a modo de ondulante cabellera metálica, y se hundían en el suelo, a unos centímetros de la cureña. En total eran seis, de unos cinco centímetros de grueso.

Farmley tenía en la mano el aparato de control de las operaciones del cañón situado en el asteroide. En el satélite había otro idéntico, dirigido por el ingeniero De Souza, siguiente a Farmley en rango dentro del proyecto.

Una voz gangueó de repente en los cascos de todos los presentes.

—Control Central a F-1 y F-2. Listos para operar. Anuncien el comienzo.

—F-1 a Control Central. Estoy esperando a que F-2 se halle a diez grados de nuestro cénit —manifestó Farmley.

La voz de De Souza se dejó oír a continuación.

—F-2 a Control Central. Estamos pasando por el horizonte occidental de PA-1. Posición sobre el cénit de F-1 será alcanzada dentro de ocho minutos.

—F-1 a Control Central. Dentro de siete minutos y treinta segundos tendré a F-2 a «tiro». Por tanto, teniendo en cuenta que sólo puedo hacer actuar el aparato durante veinte grados, es decir, diez antes y diez después del cénit, la duración del experimento será de un minuto.

—Control Central a F-1 y F-2. Enterado. Espero orden para proyección de fuerza. —una pausa, y luego—: Bien, muchachos —dijo la grave voz del doctor Earcutt—, vamos a ver si lo conseguimos esta vez.

—Lo procuraremos, doctor —dijo Farmley.

Se volvió hacia uno de sus ayudantes.

—Jimmy, mide el tiempo.

—Bien, Kid —contestó el hombre.

Pasaron algunos segundos. De pronto, alguien dijo:

—El satélite entra en campo visual.

Farmley volvió la cabeza, A lo lejos, surgiendo por encima del borde de la irregular y negruzca llanura, se divisaba una pelota de diminuto tamaño, que ascendía rápidamente en el suelo.

—¿Tiempo, Jimmy?

—Cinco minutos, dos segundos, Kid.

—F-1 a Control Central. Abran llave de energía.

La respuesta llegó al instante.

—Control Central a F-1. Abierta llave de energía.

Farmley consultó el indicador.

—A cien —pidió.

—Energía puesta a cien —le indicaron.

—Tiempo, cuatro minutos cuarenta y tres segundos —informó Jimmy.

—F-1 a F-2 —llamó Farmley—. Pedro, ¿estás listo para recepción?

—Listo para recepción —contestó De Souza.

—F-1 a Control General. Energía a ciento veinte.

La manecilla indicadora ascendió. El tiempo disminuía rápidamente.

—Energía a ciento treinta —pidió Farmley.

Control Central aumentó el suministro de potencia. La tensión era extrema en todos los asistentes a la operación.

—Tiempo: dos minutos, doce segundos —dijo Jimmy.

—Energía a ciento cuarenta.

Casi se podía percibir la vibración de la potencia que llegaba al cañón.

—Mack —ordenó Farmley a otro ayudante—, comprueba enfoque en el punto exacto.

—Enfoque comprobado.

—Tiempo, un minuto cincuenta y nueve segundos.

El satélite parecía casi sobre sus cabezas. Había algunos puntos brillantes en su superficie, pero no procedían precisamente de los hombres y aparatos que estaban instalados sobre la misma, sino los metales que contenía en estado casi puro y que devolvían con brillantes reflejos la luz del sol.

Farmley consultó el indicador.
—Energía a ciento cincuenta —pidió.
Control Central cumplió la petición. El doctor Earcutt hizo una observación.
—Kid, ¿cree que tendrá suficiente? Estamos en condiciones de suministrarle energía a doscientos setenta si lo desea.
—Estimo que con ciento cincuenta tendremos bastante, doctor —contestó el joven.
—Tiempo, cuarenta segundos —informó Jimmy—. Faltan diez para la conexión. —y empezó la cuenta atrás—: Nueve… ocho… siete…
Farmley se acercó al enfocador y comprobó las posiciones respectivas. En el aparato de mando que tenía en las manos había un botón rojo.
Jimmy seguía contando:
—Cinco… cuatro… tres…
Farmley apoyó el pulgar sobre el botón rojo.
—Dos… uno… ¡Cero!
El pulgar de Shann Farmley se apoyó sobre el botón encarnado.
—¡Conexión! —informó casi a gritos.
Un aullido le llegó apenas había pronunciado la palabra.
—¡Cierren la conexión! ¡Conecten los escudos de energía!
La voz era del ingeniero De Souza y parecía atacada por el pánico.
Arriba, en el satélite, se encendió una luz vivísima, como si alguien estuviese volcando un crisol lleno de acero fundido. Chispas de todos los colores saltaron al espacio.
Farmley cortó la conexión apenas hubo escuchado la voz del portugués. No comprendía lo que estaba ocurriendo.
Decenas de ojos contemplaron el singular espectáculo. Una lívida claridad iluminó la oscura llanura de PA-1. Parecía como si cayera de lo alto una cascada de fuego.
Trozos de materia incandescente atravesaron el espacio, aullando en silencio. Sonaron gritos de alarma.
—¡Cuidado!
—¡Apártense!
—¡Fuera! ¡Pronto o nos abrasamos!
Dos o tres de los técnicos, espantados por el fenómeno que nadie

comprendía, echaron a correr alocadamente. La gravedad en PA-1 era tan baja que bastó el impulso de la primera arrancada para lanzarles al espacio.

Farmley no se movió de su sitio. No estaba aterrorizado, pero sí angustiado por la suerte que pedía haber corrido De Souza.

—¡Pedro, Pedro! —llamó a grandes gritos.

De Souza no contestaba.

—¡Responda, F-2! —gritó frenéticamente.

El satélite de PA-1 continuaba imperturbable, como desde el principio de los siglos.

Algo que llameaba en el espacio cayó a los pies de Farmley. Era un objeto incandescente del tamaño de un puño, pero se enfrió rápidamente a consecuencia de la bajísima temperatura del espacio exterior.

Al enfriarse, adquirió un color blanco brillante de singular nitidez.

Farmley se inclinó y lo tomó. Le bastó una simple mirada para conocer su composición.

Era níquel puro.

CAPÍTULO II

En los rostros de los hombres que asistían a la reunión había diversas expresiones: irritación, indiferencia, hastío, enojo y hasta cólera, pero no había ninguno que, en su interior, no se sintiese pesimista.

El general Monner, coordinador del proyecto, era el que más enojado se hallaba de todos.

—Algo ha fallado, algo ha fallado —exclamó, aporreando la mesa con la mano derecha—. ¿Es eso todo lo que saben decirme ustedes? Ya lo sé que algo ha fallado, caballeros. Hasta el valor de algunos de los que están aquí.

Miró a dos de los presentes, quienes agacharon las cabezas y enrojecieron. Eran parte de los que, espantados por el suceso, habían saltado al espacio, con tal ímpetu, que había sido necesario más tarde enviar una pequeña nave para rescatarlos y devolverlos de nuevo a PA-1.

—General, por favor —dijo el doctor Earcutt en tono apaciguador—, tenga en cuenta que son hombres y, como tales, sujetos a ciertas debilidades que, en ocasiones, no se pueden ocultar. Usted estaba dentro…

—¡Pero no hubiera corrido! —tronó Monner.

Se trataba de un hombre pequeño, regordete, de ojos diminutos, cuyo aspecto engañaba a quien le creía un tipo plácido y amigo de no buscarse complicaciones en ningún momento. En realidad, poseía un genio bastante vivo, que no dejaba de mostrar apenas tenía ocasión para ello.

—Usted estaba dentro, bien protegido —saltó Jimmy Morris, el ayudante de Farmley—. Me habría gustado ver lo que hubiera hecho al ver caer sobre sí aquella lluvia de metal incandescente.

—¡Soy un militar! —protestó Monner.

—Yo, no —dijo Jimmy—. Sólo un hombre como los demás

—Basta, Jimmy —recomendó Farmley, apoyando su mano en el antebrazo del muchacho.

—Lo que tú digas, Kid —contestó Jimmy más amainado. Entre dientes, agregó—: Ese hombre me pone frenético.

—Estamos aquí tratando de averiguar las causas del accidente —dijo el doctor Earcutt.

—Hace ya más de una semana que lo investigamos y aún no llegamos a una conclusión práctica —rezongó el general.

Farmley avanzó el busto. Tomó el pedrusco brillante y lo levantó en la mano, de modo que todo el mundo pudiera verlo con claridad.

—Ésta es una de las conclusiones a que hemos llegado —dijo—. Cuatro kilos y medio de níquel puro. ¿Le parece poco, general?

Monner se agitó inquieto en el asiento.

—Ese níquel tenía que haber aparecido en la superficie del satélite y procedente de la de PA-1 —manifestó.

—Lo cual prueba una cosa: el aparato funcionó, sólo que al revés.

—Matando a cinco hombres, de los cuales no se ha encontrado el menor rastro.

Un chusco dijo:

—Él médico creo que tiene conservado en alcohol el apéndice de Hans Sggerth.

Sonaron algunas risas. El redondo rostro del general se puso del

color de la langosta cocida.

—Esas bromas, además de ser estúpidas, están fuera de lugar — exclamó agriamente.

—Caballeros, por favor —dijo el doctor Earcutt—. Me parece que todos derivamos hasta extremos igualmente reprochables. Ni tomarse a chacota lo ocurrido, ni hacer de ello un drama, a excepción, naturalmente, de la desgraciada muerte de cinco hombres. Estamos en los inicios del proyecto, realizando todo género de pruebas en un campo que, pese a lo que hemos avanzado, nos es virtualmente desconocido. Salvando, repito, lo de las cinco muertes, ¿qué importancia tiene un fracaso más o menos? ¿Cuántas veces no se le volcó al hombre de la Edad de Piedra el tronco ahuecado que debía servirle de embarcación, hasta que consiguió darle la estabilidad adecuada? Aquel tronco ahuecado es el precursor de las astronaves de la actualidad… y el hombre de la Edad de Piedra no se desanimó. ¿Por qué hemos de desanimamos nosotros, que contamos con una superioridad de medios, en todos los sentidos, aplastante?

El general se removió nervioso en el asiento.

—Doctor, no olvidemos en ningún momento que yo soy el coordinador y el responsable digamos administrativo del proyecto —contestó—. Usted dirige la parte científica, pero yo estoy al cargo de la otra: suministros, planos, aparatos, proyectos secundarios, presupuestos y demás.

»PA-1 tiene un volumen, aproximado, de cincuenta kilómetros cúbicos. Según las prospecciones realizadas, posee una riqueza de un treinta y cinco por ciento de níquel, lo cual significa que hay aquí diecisiete y medio kilómetros cúbicos de dicho metal. Hay un veintiséis por ciento de cobre, equivalente a trece kilómetros cúbicos. El hierro es aún más abundante: su riqueza alcanza un treinta y siete por ciento; diecisiete kilómetros y medio cúbicos de dicho metal. Queda un dos por ciento, es decir, un kilómetro cúbico de otros metales, más escasos, pero no menos importantes que los anteriores: vanadio, cesio, rubidio, titanio, etcétera…

»Llevar el asteroide hasta la Tierra, es decir, propulsar una masa de cincuenta mil millones de metros cúbicos, cuyo peso debe ser aproximadamente de quinientos mil millones de toneladas, es una empresa fabulosa. No basta amarrar unas cuantas naves al asteroide

y tirar de él. En el estado tal de este cuerpo espacial. Pero se ha descubierto otro modo, más sencillo, barato, pese a su aparente elevado costo, y cómodo, el cual tratamos de poner en práctica. Y, o lo conseguimos, o todos cuantos nos hallamos aquí podemos empezar a redactar nuestras dimisiones.

—¿Usted también, general? —preguntó Jimmy, mirándole de frente.

Monner rebulló en el asiento.

—¿Por qué me lo pregunta? —dijo en tono hostil.

—Porque, en primer lugar, ha dicho «podemos», lo cual significa, que usted también se incluye en la colección de dimisionarios. Pero luego pienso que le gusta figurar mucho y adornarse con plumas ajenas, y no me extrañaría que quisiera darnos la patada y sustituimos por otros técnicos. —Jimmy se acaloraba a medida que hablaba—. El esfuerzo sería nuestro, pero usted haría todo lo posible por acaparar la gloria del triunfo. Y eso es lo que no estamos dispuestos a consentir, general. Aquí no se nos puede dar una orden, montado a caballo, con el sable desenvainado y gritando: «¡Adelante, mis bravos! ¡Vamos a por ellos!». Aquí, las cosas son muy distintas. Se hace lo que se puede... y cuando no se puede, pues vuelta a empezar y sanseacabó. ¿Me ha entendido usted?

Los ojos de Monner brillaban ferozmente.

—Jim Morris —contestó—, queda usted destituido de su cargo. Partirá para la Tierra en la próxima astronave.

Todos se quedaron con la boca abierta. Incluso Earcutt permaneció callado.

Farmley se puso en pie.

—Seremos dos, general —manifestó—. Puede que no esté de acuerdo del todo con lo que ha dicho mi compañero Jimmy, pero hay una cosa respecto de la cual pienso de la misma manera: No se puede despedir a un hombre sólo por criticar a otro, diciendo la verdad. Y, general, lo mismo que Jimmy, piensan el noventa y cinco por ciento de los que estamos aquí. Eso significa todos menos usted, el doctor Earcutt, cuya opinión ignoro, y el doctor Stebbins, que no pertenece al proyecto F-1.000.

—¿Hablaban de mí? —dijo en aquel momento una voz untuosa.

Las cabezas de los reunidos se volvieron hacia la puerta. Un

hombre asomaba por ella. Era un tipo de mediana edad, grandes gafas con montura de acero inoxidable, cabellos ralos y entrecanos y estatura más que regular, aunque quedaba un tanto disminuida por la cargazón de hombros. Su aspecto, en general, era el de un hombre tímido e introvertido.

—Sólo como punto de referencia, profesor —contestó Farmley—. Pero nada ofensivo, por supuesto.

Stebbins sonrió.

—Ya me lo imagino. Yo no hago daño a nadie, conque… Bien, parece que les veo reunidos para algo muy importante. Disculpen la interrupción. Adiós.

Y se marchó tan suavemente como había venido.

Hubo luego un instante de silencio. Monner soltó un fuerte carraspeo.

—Bien, caballeros…

—Un momento, general —el doctor Earcutt levantó la mano derecha—. Vamos a solucionar el despido de Jimmy.

—Está decidido ya —contestó Monner furioso.

—Me parece que Jimmy va a tener mucha compañía en su viaje —exclamó de pronto, el ingeniero McLean. Miró a Jimmy y le guiñó un ojo—. Tengo una baraja; tendremos tiempo de jugar muchas partidas en nuestro viaje a la Tierra.

—Aquí está el cuarto para esa partida —dijo el ayudante de transmisiones López—. Yo también me voy.

Monner botaba en su asiento.

—¿Esto es un motín? —gritó.

—General —dijo Farmley—, nadie le ha hablado a usted de desposeerlo de su cargo. Simplemente, dimitimos con Jimmy.

—¡Pero no pueden hacerlo! ¡Tienen un contrato…!

—¿Y cómo vino aquí Jimmy? —preguntó McLean—. ¿Lo trajo acaso la cigüeña?

Estalló una tempestad de carcajadas. Monner se dio cuenta de que le estaban ridiculizando y su furia aumentó al máximo.

Earcutt se esforzó por imponer silencio, cosa que consiguió al cabo de unos momentos.

—General —habló por fin—, usted ha despedido a Jimmy, pero ha olvidado una cosa.

—¿Cuál? —preguntó Monner con hostilidad en su voz.

—Puede hacerlo, desde luego, pero se vería en un aprieto si cuando llegase Jimmy a la Tierra y enseñase su documentación, se advirtiese en ella que falta mi firma.

—No hace falta para nada. Mi autoridad es suficiente...

—Para determinados asuntos, pero no para despedir a un hombre de cuya capacidad técnica sólo yo, y sus inmediatos superiores, como el ingeniero Farmley, están en condiciones de dictaminar. En esas circunstancias, usted debe saber que todo despido ha de estar refrendado por mí y...

Un hombre entró en la estancia en aquel instante. Traía un papel en la mano y se lo entregó a Earcutt.

—Doctor —anunció—, un espaciograma urgente para usted.

—Gracias, Mike —contestó Earcutt.

Rasgó el sobre y extrajo el mensaje de su interior. A medida que iba leyendo, su semblante se contraía más y más.

Cuando terminó, sus hombros se hundieron y su mirada se hizo incierta.

—General —dijo—, creo que tendrá que posponer el asunto de los despidos hasta la llegada de mi sucesor.

Sonó una exclamación unánime. Farmley, que tenia bastante confianza con el doctor Earcutt, alargó la mano y tomó el mensaje.

El contenido del mismo era el siguiente:

> *Al recibo de la presente quedará relevado de toda obligación referente al proyecto F-1.000. Ingeniero Shann Farmley será director accidental hasta llegada nuevo director efectivo con plenos poderes*
>
> *Dr. C. B. von Wehnetz.*

CAPÍTULO III

A Shann (Kid) Farmley no le gustaban las despedidas. Por dicha razón, se limitó a dar un apretón de manos al doctor Earcutt cuando éste embarcó en la nave de vuelta a la Tierra. Luego regresó a su cuarto. Tenía trabajo. La labor no podía interrumpirse bajo ningún concepto.

Por otra parte, estimaba injusto el relevo del doctor Earcutt.

Cierto que éste no se había mostrado todo lo enérgico que debiera haber sido, pero lo que se necesitaba allí era un científico y no un conductor de masas. Para este papel ya tenían al general Monner, y aun había que frenarle.

Tenía noticias de que había llegado el nuevo director. Bien, ya le llamaría cuando le necesitara. Había encargado a McLean de la recepción. Era un hombre que le dejaría en buen lugar.

Él tenía que repasar una vez más la escala de frecuencias de proyección de los cañones F-1 y F-2, cosa que empezó a realizar con ayuda de una minicalculadora electrónica que tenía instalada en su cuarto de trabajo.

Las nueve veces anteriores había obtenido el mismo resultado. Era presumible, pues, que el décimo ensayo resultase también idéntico a los anteriores.

Entonces, ¿qué había fallado? ¿Qué era lo que había provocado no sólo la muerte de cinco hombres, sino la inversión opuesta de la proyección?

Estrictamente, y salvo la muerte de De Souza y sus cuatro ayudantes, todo había salido bien. Pero al revés.

¿Por qué al revés?, se preguntaba sin cesar.

El zumbador del interfono sonó de pronto, distrayendo su atención.

—¿Quién es? —preguntó, después de haber establecido el contacto.

—McLean. Kid, el... el nuevo director quiere verte. Está en el despacho de... bueno, su despacho.

Farmley torció el gesto. Le hacían suspender los trabajos y no le gustaba. Pero no podía desatender la llamada del nuevo director.

—Voy al momento —contestó. Y cortó la conexión.

Apagó la calculadora y se puso en pie. Salió de la habitación.

Encontró a McLean en la puerta del despacho del nuevo director. McLean parecía desconcertado.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, extrañado.

—Yo... —McLean tragó saliva—. ¡Dios santo, la que nos ha caído encima, Kid!

—¿Acaso es un ogro? ¿Un monstruo? ¿Un dragón de siete cabezas?

La puerta del despacho estaba entreabierta. Una voz salió por la

ranura.

—No soy un ogro, ni un monstruo y sólo tengo una cabeza, ingeniero Farmley.

El joven se quedó viendo visiones. Abrió la boca de par en par y miró a su compañero con expresión estúpida.

—¿He oído bien? —dijo, atónito.

—Yo me largo —contestó McLean. Y escapó a la carrera.

La puerta terminó de abrirse. Una mujer apareció bajo el dintel. Farmley la contempló con mayor estupefacción todavía.

Era joven y esbelta, de formas macizas y rotundas. Tenía el pelo muy rubio, pajizo, arreglado casi tan corto como el de un muchacho y su edad no podía definirse, en opinión de Farmley. Lo mismo podía tener veinticinco que treinta años, pero no más de esta última edad, en todo caso.

El rostro no era de una belleza clásica; incluso hubiera parecido vulgar, de no haber sido por los ojos, enormes, rasgados, de un color azul violeta intenso, que le infundía una expresión insuperable. Pero en aquel momento, aquellos hermosos ojos despedían chispas de ira.

—El ingeniero Farmley, supongo —dijo ella.

—Sí… —vaciló el joven.

—Soy la doctora Cora Bella von Wehnetz, nueva directora del proyecto F-1.000 —contestó la joven—. Tenga la bondad de pasar. Es decir, si no tiene miedo que le devore el ogro.

Farmley enrojeció.

—Lo siento, doctora —dijo—. Fue una verdadera sorpresa para mí. Ciertamente, no esperábamos a una mujer. El espaciograma anunciaba…

—Parecía anunciar a un hombre, lo sé —le interrumpió ella con frialdad—. Eso es culpa del idiota que redactó el mensaje. Leyó las iniciales de mi nombre y pensó que se trataba de un ser del sexo masculino —pronunció la última frase en tono despreciativo—. ¿Acaso no puede una mujer ser directora de este fracasado proyecto?

El joven se sintió escocido.

—En realidad, desde Eva, las mujeres vienen dirigiéndolo todo, así que usted no constituye ninguna excepción, doctora —contestó.

—No me gustan las ironías —dijo ella en tono seco—. Y ahora,

vayamos a lo principal. Cada minuto que transcurre aquí, ¿sabe usted lo que cuesta al contribuyente?

—Jamás he vivido en Wall Street —repuso Farmley, aludiendo a la calle donde están los más importantes centros de contratación mundiales—. Los problemas financieros, en cuanto rebasan la órbita de mi sueldo mensual, me dejan frío.

La doctora pareció cortarse un momento.

—Está bien, ingeniero. Perdemos el tiempo y tiempo perdido, significa dinero perdido, eso es todo. Así que tenemos que recuperar uno y otro, ¿me comprende?

—¿Y sólo para eso la enviaron a usted aquí? —preguntó Farmley de mal humor—. Oiga, eso es algo que vengo oyendo desde que entré a formar parte del proyecto F-1.000. ¿No sabe decir nada nuevo?

—Sí, ya lo creo. Me han enviado aquí para decir muchas cosas nuevas. Una de ellas, precisamente, no se relaciona con el F-1.000.

—Oigámosla, pues —dijo el joven, armándose de paciencia.

—¿Qué hace el profesor Stebbins en PA-1?

Hubo un momento de silencio. Farmley se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó al cabo.

Las pupilas de la joven chispearon.

—¿Por qué?

—Porque no es de mi incumbencia. Stebbins y yo comemos, dormimos y respiramos. Eso es todo lo que tenemos de común. Y lo mismo que yo, todos los demás miembros del proyecto.

—Menos yo —dijo la doctora.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—La astronave que nos trajo hasta aquí, transportó unas cuantas cajas destinadas al doctor Stebbins. Intenté, conocer su contenido, pero el comandante de la nave se negó en redondo.

—Bueno, tenía autoridad para negarse —convino el joven.

—Sí, pero era un favor que podía haberme hecho.

—¿Y yo qué tengo que ver con todo eso? ¿No le he dicho que los trabajos del profesor Stebbins son absolutamente independientes del F-1.000? Le habrán traído aparatos, zanahorias o panderetas, a mí qué diablos me importa.

—No parece usted muy ansioso de colaborar conmigo. Y, además, le veo grosero y mal educado.

—Como quiera —dijo Farmley con paciencia—. Si lo que quiere saber es si estoy disgustado porque sea usted la directora aquí, le diré que sí. Estoy disgustado. Imagínese que lo lee en mayúsculas. ¿Queda bien claro?

—Suficiente, aunque no las causas. ¿Está envidioso de mí porque no le han nombrado director en lugar de Earcutt?

—¡Tonterías! Earcutt era un sujeto muy capacitado para llevar a cabo el proyecto. Mucho más que yo; sé reconocer las cosas, aunque usted no lo crea así.

—Pues no lo parece —contestó ella en tono irónico—. ¿O acaso hay otro motivo que no se atreve a expresar?

Farmley la miró fijamente durante unos instantes.

—Sí, lo hay —respondió.

—Expóngalo.

—Usted.

—¿Yo? —se asombró ella.

—Sí. Es una mujer, joven y agraciada. No hay más mujeres, sólo usted. El resto son hombres, en su inmensa mayoría jóvenes y fuertes. ¿Qué diablos quiere que piensen cuando la vean? El que menos lleva seis meses en este maldito pedrusco, sin otra distracción que contemplar las estrellas en sus ratos libres. Ahora, si es capaz de ello, imagínese sus reacciones.

El opulento pecho de la doctora palpitó con fuerza, revelándose con turgentes curvas bajo el ajustado tejido de su blusa. Su rostro enrojeció vivamente.

—En mí deben ver sólo al director del proyecto, no a la mujer.

—Eso es muy fácil de decir, pero no pasa de ser una especulación sin fundamento —alegó Farmley.

—¿No les administran drogas inhibitorias? —preguntó la doctora,

—Al borracho que le curan su dipsomanía, le suprimen por completo el vino; no le ponen una botella sobre la mesa a las horas de las comidas.

—Entonces, según usted, yo no tenía que haber sido nombrada directora del proyecto.

—No sé qué pensar —gruñó Farmley—. Pero esto no me gusta, doctora.

—Será porque estima que una mujer no puede dirigir el

proyecto. ¿Acaso cree que no poseo la suficiente capacidad científica para sustituir a Earcutt? Le advierto que todos mis estudios son auténticos; nada de «stimulyne» ni de otras drogas que aumentan la capacidad receptiva del cerebro.

—Me alegro por usted y la felicito, doctora.

—Muy bien —dijo ella—. Ahora ya estoy aquí, en PA-1. Esto es un hecho que no se puede ocultar ni remediar. Yo no pedí el cargo, se lo advierto. Pero en todo el mundo no hay más allá de tres o cuatro personas, que no estén ya aquí, en PA-1, especializadas en esa rama de la ciencia que tratamos de aplicar prácticamente en el asteroide. Por tanto, cuando me propusieron dirigir las operaciones, acepté en el acto.

—La felicito, doctora.

—Gracias. Pero antes de que empecemos a ver cómo marchan las cosas, quiero averiguar otra cosa. ¿Conoce usted el camino que conduce al laboratorio del profesor Stebbins?

—Por supuesto, aunque no he estado nunca en su interior.

—A partir de hoy, no podrá decir lo mismo, ingeniero.

—Llámeme Kid, como lo hace todo el mundo —sugirió él.

La doctora le dirigió una mirada de reproche.

—A mí me llaman Corabel, pero no todas las personas y mucho menos en determinadas circunstancias. Los tratamientos familiares me disgustan, por regla general.

Farmley suspiró.

—A partir de hoy —dijo entre dientes—, tendremos que consumir mucho bicarbonato.

—¿Decía, ingeniero?

—Nada, nada —se apresuró a contestar el joven—. El laboratorio... o lo que sea, del profesor Stebbins, está en la punta opuesta del asteroide. Tendremos que ponemos los trajes espaciales.

—¿A qué esperamos? —exclamó Corabel, dirigiéndose hacia la puerta.

CAPÍTULO IV

El laboratorio del profesor Stebbins no sólo estaba en el extremo opuesto del asteroide, sino en la cara sur —llamaban norte a la cara

donde estaban instalados todos los edificios y aparatos del proyecto Fuerza 1.000. Fue preciso, por tanto, que se colocaran los trajes espaciales, dotados, además, de un circuito electromagnético que, aprovechando el alto contenido de hierro del asteroide, proporcionaba una fuerza de gravedad suplementaria, gracias a lo cual evitaban el salir despedidos al espacio, como les había ocurrido a algunos el día del fracaso de la primera experiencia, por no haber llevado encima el aparato correspondiente.

Gracias al circuito electromagnético pudieron, por tanto, correr, si la palabra podía emplearse correctamente en semejantes circunstancias, y abreviar el tiempo de su viaje hasta el laboratorio de Stebbins. En realidad, lo que hacían eran dar grandes saltos, que a veces alcanzaban treinta y más metros de longitud.

La distancia, en total, era de unos ocho kilómetros, que fue cubierta en menos de una hora. Al pensar que el laboratorio se hallaba, con respecto a la estructura del proyecto, en situación invertida, Farmley se sintió lo mismo que una mosca en el techo de una habitación. Levantó la cabeza, viendo que tenía sobre ella las estrellas, pero le fue imposible creer que no las tenía debajo de sí. Ello le causó un vértigo momentáneo, que se le pasó bien pronto, sin embargo, cuando se encontró frente a la puerta del edificio, que no tenía un aspecto muy diferente de los del proyecto, salvo que les pareció demasiado grande para ser utilizado por una sola persona.

Mientras caminaban, habían hablado un poco sobre el particular. En realidad, se había limitado a un breve intercambio de preguntas y respuestas.

—¿Cómo llegó aquí Stebbins? —había inquirido Corabel.

—De la misma manera que usted, doctora —respondió Farmley.

—No se haga el gracioso. Quiero decir cómo se las arregló para que le dejaran instalarse en la PA-1.

—Bueno, llegó un día en una astronave de carga, casi exclusivamente fletada para él y sus trastos. Traía unos cuantos ayudantes, que fueron quienes colaboraron en el montaje de su... laboratorio. Eran unos tipos herméticos, que se mantenían siempre aparte de nosotros. Cuando concluyeron su labor, se volvieron a la Tierra, dejándole solo... y eso es todo.

—Pero, él, ¿no ha dado nunca detalles de lo que hace?

—No, doctora. Parece tímido y pacato, pero en cuanto se le

pregunta algo, hace lo mismo que las ostras cuando se sienten amenazadas.

—Se cierra en sus valvas, ¿eh?

—Sí, doctora.

—Lo que hace, ¿es particular o del gobierno? Quiero decir si obra por cuenta propia o se trata de otro proyecto sufragado por un departamento distinto al nuestro.

—Tampoco lo sé. Stebbins está ahí, eso es todo. Y dudo mucho de que nos deje entrar.

Ella no se arredró por las respuestas del joven.

—Ingeniero Farmley —anunció ella en tono engolado—, tal vez ignore usted que la autoridad que me ha sido conferida alcanza a todo, así como lo oye: «todo» el asteroide. Sea quien sea el profesor Stebbins, tendrá que enseñarme sus aparatos y decirme lo que está haciendo. ¿Me ha comprendido usted?

—Yo sí —contestó el joven con voz socarrona—. Lo que hace falta es que la comprenda ese chiflado.

—Deje eso de mi cuenta —dijo Corabel en tono seco, pero firme —. Y si no me gusta lo que hace, clausuraré su laboratorio y lo enviaré de vuelta a la Tierra en la primera astronave.

Farmley suspiró.

«Una chica tan guapa… metida en estos líos, en lugar de estar atendiendo a un esposo y un par de chiquillos. Decididamente, el mundo está loco», pensó.

Llegaron a las proximidades del laboratorio y buscaron la esclusa de entrada.

—No hay timbre de llamada —dijo ella.

—Utilizaremos la radio —contestó el joven. Y empezó a llamar al científico—: Profesor Stebbins, profesor Stebbins. Conteste, por favor. Le llama el ingeniero Farmley. Conteste, por favor.

La respuesta se demoró unos segundos.

—Ah, hola, ingeniero… Perdone un momento… ¡Quieto, te digo que te estés quiete! —chilló de pronto Stebbins.

Un extraño sonido llegó súbitamente a los auriculares de la pareja. Corabel dejó escapar un pequeño grito de asombro.

Farmley abrió la boca de par en par. ¡Era el balido de una oveja!

Junto con el balido se escucharon ruidos de vidrios rotos. La voz del profesor sonaba por encima de aquel pandemónium.

—¡Quieto, «Zacarías»! ¡Vamos, ven, toma un poco de lechuga! ¡Así… así, quietecito! Ahora, a tu jaula, ¿eh? Bueno, y la próxima vez, procura portarte con más comedimiento. No olvides que eres un cordero y que, según la leyenda, tienes que ser manso y obediente…

La cólera de la joven se destapó por fin.

—¡Profesor! —gritó—. ¿Qué demonios hace un cordero en su laboratorio? ¿De dónde ha sacado usted al animal?

—¡Cielos! —exclamó Stebbins—. ¡Farmley! ¿De dónde ha sacado usted a esa chica?

La situación era tan paradójica, que el joven no pudo por menos de soltar el trapo de la risa. Estuvo riendo, con gran enojo de Corabel y desconcierto de Stebbins, hasta que le dolieron los costados y le faltó el aliento.

—Abra, profesor —rogó—. Esa… chica es la doctora von Wehnetz, nuestra nueva directora. Quiere saber lo que hace usted y ver qué hay en su laboratorio, además de «Zacarías», claro.

—¡Hum! —gruñó Stebbins—. No sé si debo…

—Profesor —exclamó Corabel en tono autoritario—, todos cuantos hay en el asteroide me deben obediencia, incluido usted mismo. O me abre y me explica lo que hace aquí, o le despacho para la Tierra en la próxima astronave.

—Tengo permiso del propio Secretario…

—El Secretario y su permiso me importan un rábano, profesor. ¡Le ordeno que me abra en el acto!

El suspiro de Stebbins fue bien audible en los auriculares de la pareja.

—Cedo ante la fuerza únicamente —dijo en tono compungido.

Corabel no contestó. Farmley la miró de reojo y vio que tenía los labios contraídos y los ojos muy brillantes. Meneó la cabeza con un gesto pesimista. «Una mujer demasiado mandona —pensó para sí—. No me extraña que siga soltera. ¿Quién diablos querría cargar con ella?»

La esclusa se abrió al fin.

Momentos más tarde, entraban en una vasta estancia, repleta de aparatos a cual más extraño, entre los que destacaban dos cajas de cristal, de metro y medio de altura, de forma cúbica. Estaban separadas entre sí por cinco metros de distancia y de la parte

superior de cada una de ellas salía un conjunto de cables que iban a parar a la pared más cercana y de aquí a una especie de aparato de control vagamente parecido a un piano de pequeño tamaño.

Había varios vidrios rotos por el suelo. En un ángulo de la habitación, divisaron media docena de jaulas. Contenían un cordero, un cabritillo, dos perros, un gato y una tortuga. Otras jaulas más pequeñas contenían hasta dos docenas de cobayos y, en un estante, se divisaban dos grandes peceras en las que nadaban hasta media docena de peces.

Corabel se quitó el casco. Su rostro expresaba claramente la estupefacción que sentía. Apenas hizo caso de las fórmulas de cortesía empleadas en las presentaciones hechas por Farmley.

Stebbins parecía amedrentado.

—¿Qué es esto, profesor? —preguntó ella, cuando se hubo rehecho en parte de su asombro.

—Mis... mis máquinas —contestó Stebbins con timidez.

—Ya lo veo. Son máquinas. Pero no entiendo para qué sirven.

Stebbins dirigió una angustiosa mirada al joven. Farmley levantó los hombros. En silencio, quería decirle: «Lo siento, chico; ella es la mandamás aquí ahora».

—Me gustaría mantenerlo en secreto por ahora —dijo el profesor al cabo.

—Me parece muy bien, salvo que, en todo caso, ese secreto debe ser compartido por nosotros dos. O, si lo desea —añadió Corabel de forma imperativa—, por mí únicamente. El ingeniero Farmley se retirará donde no pueda escuchar sus declaraciones.

El joven sacó un cigarrillo.

—Avísenme cuando hayan terminado —dijo. Y se fue hacia las jaulas, en donde empezó a acariciar a los animales a través de los barrotes—. Pobrecitos —murmuró compasivamente—, ¿qué salvajadas cometerá ese tipo con vosotros?

La voz de Corabel sonó a poco, llamando su atención.

—¡Señor Farmley!

El joven volvió junto a los dos.

—¿Doctora?

—El profesor Stebbins me ha explicado algo de lo que hace —manifestó Corabel—. No lo entiendo demasiado, es decir, los procedimientos que utiliza, pero estimo que no interfiere para nada

nuestro proyecto.

—Mejor que sea así —contestó Farmley.

La curiosidad le devoraba, pero, por orgullo, no quiso demostrarlo ante la joven.

—Nos iremos ahora mismo —decretó ella—. Ah, profesor, una pregunta.

—Las que quiera, doctora —dijo Stebbins, más amansado.

—¿Cómo se las arregla para alimentar a los animales?

—Tengo pienso sintético en cantidad suficiente para sus necesidades, doctora.

—¿Morirán?

—No lo creo. En todo caso, no padecerían.

Farmley introdujo la nota de buen humor.

—Si muere «Zacarías», avíseme, profesor. Tengo ganas de unas buenas costillas de cordero asadas.

—Podía pensar en la ciencia y no en comer —le reprochó Corabel.

Farmley la miró apreciativamente de arriba abajo.

—Yo no tengo que pensar en mi línea —contestó en tono incisivo.

—¡Oh! —exclamó ella, enrojeciendo hasta la raíz de los cabellos —. Decididamente, es usted un tipo fresco donde los haya.

Y se encaminó con paso rápido hacia la puerta, sin volver la vista atrás ni una sola vez.

Regresaron al edificio de la dirección del proyecto. Durante el camino de vuelta, Corabel no despegó los labios ni una sola vez, manteniéndose ceñuda y silenciosa. Sólo cuando ya estaban a punto de entrar en su despacho, pronunció una sola frase:

—Deseo ver en el acto al general Monner.

—Sí, doctora.

—Deseo también que usted esté presente en la entrevista, ingeniero Farmley.

—Como usted ordene, doctora.

Farmley transmitió el mensaje a uno de sus subordinados. Era López, el cual le preguntó:

—¿Cómo es, Kid?

—¿Física o mentalmente? —reinterrogó él, en tono zumbón.

—Lo segundo. Lo primero ya lo hemos visto todos o casi todos y

te juro que la mayoría están haciendo cola en el botiquín para tomar doble dosis de drogas inhibitorias.

—Si la hubieses escuchado diez minutos tan sólo, sabrías que esa clase de drogas no es necesaria con una mujer como ella —sonrió el joven—. Anda, ve y tráeme al general en seguida.

—Lo que quieras, Kid —sonrió también el operador de radio.

CAPÍTULO V

Shann Farmley estaba a la derecha de la doctora Von Wethnetz cuando llegó el general. Naturalmente, estaba en pie, en tanto que ella se hallaba sentada tras su mesa.

—Encantado de conocerla, doctora —dijo el general, con el tono de la persona próxima a serle extraídas dos muelas sin anestesia.

Corabel tenía unos documentos oficiales en las manos.

—Lamento no poder decirle lo mismo, general —le espetó con frialdad a bocajarro—. Sin hablar del respeto debido a mi sexo, recurso del cual no me gusta echar mano en absoluto, citaremos tan sólo el que se me debe como directora del proyecto F-1,000, respeto que usted ha desconocido en absoluto al no venir a saludarme, como era su obligación.

Monner se congestionó.

—Tan importante soy yo aquí como usted, doctora —contestó con acritud—. Si no se considera mujer para según qué cosas, lo mismo pudo venir usted a saludarme a mí, ¿entendido?

—Entendido, pero no admitido —contestó ella en el mismo tono glacial—. En primer lugar, no somos iguales y no precisamente porque pertenezcamos a sexos distintos, y en segundo lugar, mi autoridad es aquí muy superior a la suya. Todo el que está en la PA-1 queda bajo el ámbito de mi jurisdicción, y usted, general Monner, no escapa en modo alguno a esa regla. Quiero que quede bien entendido desde un principio, para que no se produzcan más adelante situaciones que puedan provocar equívocos perjudiciales para la buena marcha del proyecto. Ahora sí que soy yo la que le pregunta: ¿entendido?

Monner apretó los puños. Por dentro, Farmley se sentía muy satisfecho de la lección que le estaban dando al general. Monner era

un tipo autoritario y engreído, no por ser militar, sino porque lo habría sido igualmente en cualquier esfera en la que hubiese desarrollado sus actividades. Gerente o jefe de una empresa, habría tratado a sus subordinados con no menor severidad que trataba a los que eran sus inferiores en grado. Hacía falta, en verdad, que alguien le pusiera en su sitio; y ese alguien, según podía apreciar, lo estaba siendo Corabel von Wehnetz.

—¿Para eso me mandó llamar, doctora? —preguntó, conteniéndose con verdadera dificultad.

—No. Le hice venir para hablarle de los despidos que usted propuso al doctor Earcutt.

—Y que yo confirmo desde ahora mismo, doctora —expresó Monner en tono incisivo.

Corabel rompió en cuatro pedazos los documentos que tenía en la mano y los arrojó a la papelera.

Luego apoyó los codos en la mesa y miró fijamente a su interlocutor.

—Despidos suspendidos —dijo—. A partir de este momento, no se moverá un solo papel en todo el ámbito de mi proyecto sin que yo lo autorice.

—Se equivoca usted, doctora. Soy el coordinador de este proyecto y tengo la potestad de contratar o despedir al personal...

—Esa potestad le queda cancelada a partir de este momento, general. Coordinar no significa por fuerza mandar o disponer, sino única y estrictamente lo que dice la palabra: unir, encajar, reunir en buen orden diversos elementos, sea de la clase que sean. Coordine todo lo que quiera, general, pero no despida a un solo hombre. Eso, a partir de este momento, queda de mi cuenta.

—Me parece que usted no sabe con quién se las está jugando —dijo el general en tono venenoso—. Hasta a usted misma podría destituirla, si me pareciese oportuno.

—¿Y cómo lo iba a hacer usted, general? —le desafió Corabel—. ¿Echando mano de alguno de los ocho hombres que tiene aquí como una especie de policía militar? ¿Quién es el jefe directo de ese grupo, general?

—El capitán Farkis, doctora.

Corabel hizo una seña al joven. Éste se inclinó sobre el interfono.

—La doctora von Wehnetz reclama al capitán Farkis a su despacho. Inmediatamente —Y cerró la comunicación.

Farkis se presentó a los pocos minutos. Era un hombre joven y bien parecido, que se sintió un poco incómodo al hallarse en presencia de la doctora.

—Celebro conocerle, capitán —dijo Corabel—. ¿Es usted el jefe del grupo de hombres que forman la patrulla de orden en el proyecto?

—Sí, doctora.

—¿Obedece las órdenes directas del general?

—Sí, doctora.

—Puede seguir obedeciéndolas —dijo Corabel—, pero consúlteme antes si la orden tiene cierta importancia, cosa cuya apreciación dejo a su propio juicio. General —miró a Monner—, usted olvida sin duda los términos en los cuales se me ha otorgado la dirección de este proyecto, y que ya se expresaron de manera suficientemente clara en el mensaje que se anunciaba el relevo del doctor Earcutt. Plenos poderes, general; y plenos poderes es una frase a la cual debo darle todo su significado. Lo cual quiere decir que los despidos que usted decretó quedan cancelados. ¿Algo más?

Los ojos de Monner despedían fuego.

—No, doctora —contestó.

Giró sobre sus talones y salió como si le persiguieran cien legiones de diablos.

—Puede retirarse, capitán Farkis, muchas gracias —dijo la joven.

—A usted, doctora.

Farkis dirigió una inquieta mirada al joven, como preguntándole en silencio: «¿Qué demonios pretende esta histérica?», pero Farmley poco podía hacer al respecto. Saludó y se marchó, dejándolos solos.

Corabel encendió un cigarrillo y expulsó el humo.

—¿Ingeniero Farmley?

—Dígame, doctora.

—Estoy segura de que desaprueba mi actitud.

—Sí.

Corabel tenía los ojos fijos en la puerta y no le miraba siquiera al hablar.

—Es usted muy directo en sus respuestas, ingeniero.

—Acostumbro a serlo cuando la ocasión lo merece, doctora.

—Entonces, según usted, ¿no debí decirle al general lo que le dije?

—Por lo menos, no humillarle de esa manera tan indignante. Admito que es un tipo que revienta a uno a las cuatro palabras que cruza con él, pero, a fin de cuentas, tiene un grado y ha sabido ser eficiente en la coordinación del proyecto. A la PA-1 no envían estúpidos, doctora.

—Gracias por el elogio —contestó ella, poniéndose en pie—. Pero era necesario que se supiera aquí, desde el primer momento, quién era el que iba a mandar. Se me ha encomendado desarrollar y poner en práctica el proyecto F-1.000 y estoy dispuesta a conseguirlo al precio que sea.

—No dudo de que lo hará —murmuró el joven.

Corabel aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Gracias —contestó en tono seco—. Es hora ya de que me tome un pequeño descanso. Mañana, a las ocho en punto, le espero.

—¿Para qué?

—Lo verá entonces. Buenas tardes… o lo que sea aquí a estas horas.

Corabel salió de su despacho caminando con paso rápido, casi hombruno. Farmley meneó la cabeza y suspiró melancólicamente. No le parecía mal estar bajo el mando de una mujer; lo que le parecía mal eran sus maneras autoritarias que rozaban en el despotismo. y que, en su opinión, no constituían el procedimiento más adecuado para llegar al fin del proyecto.

* * *

A las siete y media, una orden llegó tronando a través de los altavoces:

—¡Ingeniero Farmley! ¡Ayudante Jimmy Morris! ¡Equípense con trajes espaciales y aguarden a la directora von Wehnetz en la esclusa Uno Este!

Farmley y Jimmy se reunieron en la esclusa cinco minutos antes de la hora señalada, con los respectivos cascos en la mano.

—¿Qué diablos querrá esa bruja ahora? —masculló el muchacho.

—Esa bruja es la que rompió ayer tu orden de despido, Jimmy —dijo Farmley con acento severo.

Jimmy le miró atónito.

—¡Diablos! ¡Me dejas de piedra, Kid!

—Pero no te confíes demasiado. Ella...

El joven se interrumpió. Enfundada en su traje del espacio, Corabel avanzaba hacia ellos a través del corredor.

—Caballeros, buenos días —saludó secamente—. ¿Están listos?

—Sí, doctora —contestó Farmley.

—Quiero examinar el lugar donde se produjo el accidente en el satélite —manifestó Corabel. Y avanzó hacia la esclusa, haciendo ademán de colocarse el casco.

—¿A dónde va, doctora? —preguntó Farmley malhumorado—. ¿Piensa que al satélite se llega de cualquier forma? Jimmy, trae los aparatos necesarios.

—Al momento, Kid —contestó el muchacho, y se alejó corriendo.

—¿Qué aparatos son esos, ingeniero? —preguntó Corabel, sorprendida.

Farmley se lo explicó. Terminó diciendo:

—Si me hubiese comunicado sus propósitos anoche, ya tendríamos todo listo, doctora.

—Lo siento —contestó ella en tono relativamente humilde—. No me percaté del detalle. Sabré tenerlo en cuenta para mejor ocasión.

Jimmy volvió poco después, ayudado por dos miembros del proyecto. Cada uno de ellos era portador de un propulsor individual a reacción y un largo rollo de cable de nylon, delgado y muy resistente. Farmley ayudó a la joven a colocarse a la espalda su propulsor y enganchó uno de los extremos del cable a una anilla, especialmente dispuesta a tal fin en el cinturón del traje.

Salieron fuera y engancharon los extremos opuestos de cada cable a sendas anillas encastradas en el suelo de la superficie. Comprobada la solidez de los enganches, Corabel dio la orden de partir.

Los propulsores individuales vencieron con facilidad la escasa gravedad del asteroide. Pequeños chorros de vapor brotaron de las toberas de escape, las cuales eran orientables a fin de poder tomar distintos rumbos en el espacio.

A medida que ascendían, el cable se desenrollaba. Ésta era una precaución que todo el mundo observaba a rajatabla, a fin de evitar extravíos peligrosos. Los cables tenían la longitud suficiente para poder moverse con toda facilidad por la superficie del satélite.

El viaje terminó un minuto más tarde. Los circuitos electromagnéticos entraron en funcionamiento y el trío posó sus plantas en la superficie del pequeño satélite de la Plataforma Asteroidal número uno.

CAPÍTULO VI

En un lado de la misma había un profundo hoyo, de forma aproximadamente semiesférica y de unos diez o doce metros de diámetro. Corabel se inclinó, mirando el interior de la oquedad, en cuyas paredes se advertía el brillo de numerosos trozos de metal fundido.

—De modo que aquí fue donde estuvo el aparato F-2 —dijo.

—Así es, doctora.

—En su opinión, ¿qué fue lo que causó el estallido?

—No se puede hablar exactamente de estallido —contestó el joven—. Diríase más bien fusión instantánea, o casi instantánea, de todo el aparato, con cuantos se hallaban en sus inmediaciones.

—¿Fusión? —repitió Corabel con acento intrigado.

—A mí me lo pareció así —dijo Farmley—. Fíjese, si no, en el hoyo que dejó la catástrofe. Si hubiese sido una explosión auténtica, hubiese quedado un embudo de tipo clásico, como el que se produce después del estallido de una granada de artillería.

—Quizás emplearon demasiada energía —apuntó ella.

—No, no rebasamos la cifra ciento cincuenta —contradijo Farmley.

—Doctora —exclamó Jimmy de pronto.

—¿Sí? —contestó Corabel, volviéndose hacia el.

La mano de Jimmy apuntó hacia el asteroide.

Ahora se hallaban casi a nivel del conjunto de edificios.

—Tenemos que volar de aquí y esperar a que reaparezca la «chinita» por el otro lado —dijo—. A menos que nos soltemos los cables y orbitemos con el satélite.

—Corremos el riesgo de enrollarnos nosotros mismos al asteroide —terminó de explicar Farmley.

—Entonces, vayamos al otro lado a esperarlo —decretó Corabel.

Cortaron el aflujo de energía a los circuitos electromagnéticos y despegaron de la superficie del satélite, en el momento en que éste, siguiendo su órbita, se situaba a nivel de la plataforma norte. Volaron por el espacio, ayudados por los propulsores y fueron hasta el otro lado, «capturando» al asteroide quince minutos más tarde.

—Es una órbita muy rápida —comentó la joven.

—Demasiado —observó él—. He estado pensando en si no nos resultaría mejor alejarlo un poco y, por tanto, frenar su velocidad de revolución. El tiempo de permanencia sobre la cara norte sería mucho más largo.

Corabel reflexionó unos momentos.

—No creo que pueda ser —manifestó al cabo—. Correríamos el riesgo de sustraerlo a la gravitación del asteroide y entonces perderíamos un valiosísimo elemento, indispensable para la consecución del proyecto. Volvamos a lo de antes, ingeniero. ¿Dijo fusión?

—Opino, no afirmo —contestó Farmley.

—A mí me pareció como si estuviesen volcando un cazo de metal fundido —intervino Jimmy—. Y cayeron algunos trozos de níquel puro en la superficie de la PA-1.

Corabel parecía preocupada.

—No podremos saber nada hasta que hagamos otro experimento. Además, en todo caso, esa fusión tendría que haberse producido en la superficie del asteroide y no aquí mismo.

—Hubo un efecto de inversión, aunque no sé a qué pueda deberse, doctora —dijo Farmley.

—Inversión —repitió ella, meditabunda—. Ustedes proyectaban hacia el satélite y no del satélite hacia el asteroide. ¿Por qué lo hacían así?

—Por dos razones: una, el más directo acceso a la fuente de energía. Otra, podemos quitar unas toneladas de masa al asteroide, sin que se resienta su masa general, cosa que no ocurriría con el satélite. Si éste perdiese varias toneladas de su masa, como ya ha sucedido, aunque todavía en pequeña cantidad, a juzgar por lo que estamos viendo, correríamos el riesgo de un desequilibrio en su

órbita. Podría sustraerse a la gravitación del asteroide y perderse en el espacio, con los perjuicios que ello nos acarrearía.

—Tiene razón —convino la joven—. Bien, regresemos. Hemos de dar comienzo inmediatamente a los trabajos para reanudar los experimentos.

—Dudo de que esta vez haya quien quiera venir aquí, al satélite, para manipular el F-2 —dijo Farmley.

Ella le dirigió una mirada sorprendida.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Recuerde. Murieron cinco en la primera prueba— la mano de Farmley señaló al hueco semiesférico que se abría a sus pies—. Suponemos que sus cuerpos están ahí, pero es todo lo que podemos decir, doctora.

Corabel se mordió los labios.

—Está bien —dijo—. Por el momento, iniciaremos los trabajos de montaje. Después, cuando tengamos listo el F-2 decidiremos sobre el particular.

—Usted es el jefe, doctora —contestó Farmley. Y puso en marcha el propulsor.

* * *

Shann Farmley se despertó de repente en la «noche».

Quedó sentado en el suelo, escuchando atentamente. No se oía el menor ruido y, sin embargo, le parecía escuchar murmullo de voces que hablaban en las proximidades de su alojamiento.

Al mismo tiempo, el suelo vibraba un poco, como si estuviese sacudido por un temblor de tierra de escasísima importancia, pero muy continuado, semejante a la vibración de unos cristales cuando pasa un camión pesado por las inmediaciones, aunque incluso con mayor frecuencia de vibración.

Las voces continuaban oyéndose. Resultaban ininteligibles y daban la sensación de sonar en el dormitorio o en sus inmediaciones.

Encendió la luz. Comprobó, tras un fuerte pellizco, que no soñaba, que estaba por completo despierto.

Saltó del lecho, embutió los pies en unas zapatillas y se colocó la bata. Anudándose el cordón, salió al pasillo.

Estaba desierto. Pero las voces y la vibración continuaban percibiéndose.

Una puerta se abrió en el otro extremo. Envuelta también en una bata, Corabel salió al corredor.

—¿Qué ocurre, ingeniero? —preguntó.

—Eso es lo que yo también quisiera saber, doctora —respondió el joven.

Varios miembros más aparecieron en el corredor, tan desconcertados como ellos.

—¿Qué diablos pasa en este maldito asteroide? —exclamó uno de ellos malhumorado—. ¿Es que no se va a poder dormir a gusto? Esos que están hablando, ¿por qué rayos no cierran el pico?

—Cierre usted el suyo, Wallis —le respondió el joven—, López —se dirigió al operador de radio—, ¿tú también les oyes hablar?

—¡Caramba que si los oigo! Parece que se estén corriendo la gran juerga a cuenta nuestra.

—Hay fantasmas aquí —dijo un escocés de aspecto lúgubre—. Mi abuelo decía que el espacio era el refugio natural de los espectros...

—No existen los fantasmas —cortó Corabel con sequedad—. Sin duda se trata de alguna partida de juego y sus miembros han dejado conectado el interfono. Capitán Farkis, haga el favor de buscar a esos sujetos y ordéneles que cesen en su diversión.

—Al momento, doctora..

—¿Ordenará también que cese la vibración? —preguntó el joven.

Ella se le quedó mirando.

—¿Qué maquinaria hay en funcionamiento ahora? —inquirió.

—Ninguna, salvo el generador de luz y el de acondicionamiento de aire. No han causado jamás la menor vibración; están montados sobre buenos amortiguadores...

—¿Quién es el encargado de los generadores? —le interrumpió ella.

—Yo, doctora. Jerry Martin —se presentó un individuo joven y de pelo estoposo.

—Muy bien. Vaya a investigar e infórmeme lo antes que pueda.

—Sí, doctora.

Pasaron unos minutos. Las voces y la vibración continuaban

percibiéndose. Sin embargo, lo que hablaban aquellos desconocidos resultaba ininteligible. Parecía como si se comunicasen por medio de un lenguaje totalmente desconocido para cuantos se hallaban en el asteroide.

De súbito, se escuchó un sonido desconcertante: el ladrido de un perro.

El can parecía ladrar desde cierta distancia. Corabel miró al joven con expresión atónita.

—¿Quién tiene aquí un perro? —preguntó furiosa.

—Usted lo sabe mejor que nadie, doctora —contestó Farmley.

Ella se mordió los labios.

—Sí, pero... está a ocho kilómetros de distancia. Y ni siquiera hay aire que pueda transmitir los sonidos, en el hipotético caso de que un perro pudiera escucharse a tan gran distancia.

—Habrá venido aquí con el can y...

Farkis apareció en aquel momento.

—Doctora, siento mucho decirle que no hay ninguna partida de juego —informó—. De ordinario quedan dos hombres de vigilancia nocturna, quienes se relevan periódicamente, pero ambos ocupan lugares distintos y, además, no se comunican entre sí, de no ocurrir algún suceso excepcional.

Todos los presentes estaban perplejos, ya que ninguno de ellos sabía a qué atribuir aquel extraño fenómeno. De repente, las voces se acallaron y la vibración cesó.

Entonces compareció Jerry Martin.

—El generador se halla en perfecto estado, doctora. Ahora mismo está funcionando y, sin embargo, no hay vibración alguna.

—La vibración parecía abarcar a todo el asteroide —dijo Farmley—. Si tuviésemos un generador semejante, ya podríamos suspender el proyecto desde ahora mismo.

—Es posible que no proceda del generador —contestó ella de forma enigmática—. Mañana, es decir, luego, investigaré yo personalmente. Vuelvan a sus lechos, caballeros.

Corabel regresó a su dormitorio. Alguien ofreció un cigarrillo al joven.

—¿Qué le parece a usted ese fenómeno tan extraño, ingeniero?

—No puedo dar ninguna explicación respecto de las vibraciones, pero en cuanto a las voces se me ocurre que tal vez sean el producto

de alguna extraña interferencia de radio. Las ondas hertzianas, a veces, suelen jugar estas malas pasadas. ¿No es verdad, López? —preguntó al radiotelegrafista, que estaba a su lado.

—A veces ocurre eso —convino el aludido—. De todas formas, repasaré más tarde todas mis instalaciones. Si procede de una interferencia de radio, lógicamente de alguna astronave próxima a la PA-1, tiene que ser una cosa muy fuerte o amplificada por algún medio que desconozco, para haberse oído en toda la base al mismo tiempo.

—¿Sin altavoces? —se extrañó uno.

—Están los del servicio interno —contestó López—. Pero ni siquiera creo que ésa sea la explicación correcta —y se marchó, sacudiendo la cabeza con aire preocupado.

Farmley se volvió también a la cama. Estuvo fumando durante largo rato, pensando en el extraño fenómeno de que todos habían sido testigos. También pensó en que Corabel von Wehnetz parecía saber su origen. ¿Adónde pensaba ir a investigar?

CAPÍTULO VII

Como se quedó dormido, no pudo saber dónde había ido la joven. El vigilante de la esclusa oriental le informó que Corabel había dicho que quería revisar en persona el F-1. Farmley se dio cuenta de que ella había mentido, pero como no tenía pruebas de alegar en contra, volvió al comedor y se sentó a desayunar.

Los trabajos de montaje de la nueva pieza F-2 fueron reanudados. La astronave que había traído a Corabel, transportó también una nueva pieza y se dio comienzo al lento y monótono trabajo de traslado al satélite y montaje. Ésta fue una labor que se realizó normalmente, pero, a medida que progresaba, el nerviosismo empezó a cundir en las filas de los técnicos.

Farmley se percató del detalle. Nadie decía una palabra abiertamente, pero, para un mediano observador, la tensión reinante no podía pasar inadvertida. Retazos de palabras, frases a medio construir, miradas aprensivas, respuestas secas o desabridas, cuando no francamente insultantes, todos estos eran síntomas que no podían pasar por alto a un hombre como Shann. Farmley.

El joven no era sujeto que gustase de componendas y medias tintas cuando de asuntos importantes se trataba, así que se decidió a coger el toro por los cuernos, y un buen día, terminada su jornada, solicitó ser recibido por la directora.

—Estoy ocupada —contestó ella a través, del interfono.

—Esto es urgente —insistió él.

Corabel suspiró.

—Bien, entre.

Y tiró a un lado el lápiz con el que estaba haciendo los cálculos.

Farmley abrió la puerta, dio dos pasos y se detuvo, contemplando a la joven con expresión de asombro.

Ella le miró también asombrada.

—¿Qué le pasa? ¡Oh! —exclamó de pronto, enrojeciendo vivamente, a la vez que se quitaba las gafas que utilizaba para leer —. Bueno, ¿es que no ha visto nunca a una mujer con gafas? —dijo con aspereza,

—En el FA-1, jamás —respondió Farmley con excelente buen humor.

—Supongo que no habrá interrumpido mi labor sólo para decirme que le gustan las mujeres sin gafas —contestó ella en tono cada vez más irritado—. Vamos, dese prisa y exponga cuanto antes lo que tenga que decirme.

—Es bien sencillo, doctora —dijo Farmley—. Hay nerviosismo.

Ella le dirigió una penetrante mirada.

—¿Qué quiere decir eso de «nerviosismo», ingeniero?

—Exactamente, lo que la palabra significa. La gente, los muchachos, están nerviosos. Tienen los nervios a flor de piel y saltan como ballestas al menor incidente. Si en el momento de la comida, por ejemplo, les quisiera usted gastar una broma y palmeara una bolsa de papel llena de aire, estoy seguro de que se echarían encima de usted y la lincharían.

—¿Qué me dice usted? Yo no he notado nada —manifestó la joven, muy asombrada.

—Porque usted no tiene, por decirlo así, un contacto directo con los muchachos. Se limita a dar órdenes, supervisar algunos trabajos, comentar el resultado de ciertos cálculos y eso es todo. Pero yo estoy siempre con ellos y he podido apreciarlo con absoluta claridad.

—Entonces, conocerá usted las causas de ese nerviosismo —Corabel enrojeció—. Supongo que no seré yo —dijo, turbada y confusa.

—No, aunque tampoco excluyo algún caso aislado. La causa de ese nerviosismo, digámoslo claro de una vez, es la proximidad del segundo ensayo.

—De modo que es eso —Corabel mordisqueó reflexivamente una de las patillas de sus gafas—. Pero el experimento tiene que llevarse a cabo. Como sea, ingeniero.

—Eso ya lo sé. Lo que interesa ahora es saber quiénes van a estar en el satélite en el momento de realizarse la transmisión.

—Cualquiera, no importa. A fin de cuentas, pueden realizarse las operaciones por control a distancia. Me parece que ése no es un problema insoluble.

—Quizá sea como dice, doctora. Y… ¿qué me dice del problema de las voces y de las vibraciones? ¿Lo ha resuelto usted ya?

Combel se mordió los labios.

—Lamento tener que decirle que no —contestó.

—Pero pareció como si fuera a resolverlo.

—Me equivoqué.

Farmley la contempló en silencio durante unos momentos. Fue a decir algo, pero, de pronto, antes de que pudiese emitir una sola sílaba, sonaron unos nudillos en la puerta del despacho.

—¡Adelante! —dijo la joven.

El general Monner entró en la habitación. Su rostro aparecía ceñudo, hosco, con expresión de cólera difícilmente dominada.

—Doctora —saludó—. ¿Qué tal, ingeniero?

—Bien, general, gracias. Les dejo solos; ya había terminado…

Monner extendió la mano.

—No se vaya, ingeniero. Esto que traigo también se refiere a usted. En la parte técnica. En la humana, es la doctora von Wehnetz la afectada.

Corabel le dirigió una mirada llena de curiosidad.

—¿En qué sentido, general? —preguntó.

—He captado una información, según la cual, el personal técnico se va a negar a tomar parte en el próximo experimento. Trabajan, ponen todo a punto y lo dejarán listo para funcionar, pero no encontrará a uno solo que quiera actuar en el momento de

establecer las conexiones.

Farmley miró a la joven. «¿No se lo había dicho yo?», expresaba en silencio.

—¿Y bien, doctora? —exclamó Monner, impaciente.

Corabel se volvió hacia el joven.

—Ingeniero, ¿cuánto tiempo tardarán en estar listos los aparatos?

—Una semana, tal vez diez días. Más no, por supuesto —informó Farmley.

—Dentro de diez días, le daré mi respuesta al problema, general —dijo Corabel.

—¿No podría saberla antes?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ni yo misma la sé en estos momentos. Es una situación completamente nueva para mí y debo meditar bien todas sus circunstancias antes de resolverme a dar un paso definitivo.

Monner levantó el dedo índice.

—Si fracasa, pedirán su cabellera —amenazó.

—Tengo pelo suficiente, cosa que no le ocurre a usted —contestó ella fríamente—. Será mi primer fracaso, pero también el segundo suyo, general, no lo olvide.

—Yo no intervengo aquí como técnico.

—Pero es el coordinador del proyecto; y allá abajo, en la Tierra no mantienen demasiado tiempo en su puesto a coordinándoles que no saben coordinar.

Monner enrojeció. Miró al joven, luego la miró a ella y, al fin, dijo:

—Ya está usted advertida, doctora. No quiero que luego diga que callé lo que ocurre por animadversión personal. Pero si tuviese las manos libres, en media hora acabaría con todo lo que ocurre.

—¿Empujando a la gente a sus aparatos con las bayonetas de sus policías? —preguntó ella.

—Un poco de disciplina, de cuando en cuando, no...

—Está bien, general —cortó la joven de modo imperativo—. Usted me ha prevenido de lo que ocurre, cosa que era su obligación y que yo agradezco como se debe, aunque a usted le parezca todo lo contrario. Ahora, después de que estoy enterada de lo que ocurre,

deje que sea yo quien tome la decisión final. ¿Estamos?

—Veo que sí, claro —contestó Monner con los labios muy prietos. Giró sobre sus talones y salió de la estancia.

—Yo también me voy —dijo el joven. Y se dirigió hacia la puerta.

La voz de Corabel le alcanzó en su camino.

—No se olvide de preparar el dispositivo de mando a distancia, ingeniero.

Farmley habló por encima del hombro.

—Aun así, no creo que haya nadie que quiera arriesgar el pellejo de nuevo, doctora.

* * *

Aquella noche se reprodujeron otra vez los extraños fenómenos. Sonaron gritos pero de animales, y el asteroide tembló como si se hallase en el centro de una cuerda de guitarra hecha vibrar con regular frecuencia. No hubo nadie que permaneciese dormido y, en general, la alarma y el nerviosismo se extendieron por todos los sectores, sin que se librase ni el mismo Farmley de un sentimiento que se había hecho común.

Las aprensiones crecieron. Estallaron un par de peleas, una de las cuales revistió cierta importancia, no demasiada: una cabeza rota, que se compuso con cuatro puntos de sutura y una muñeca fracturada. Las conversaciones se hicieron bisbiseos, entre los que surgía de cuando en cuando algún estallido de voces coléricas, y las miradas eran huidizas, vagas, inconcretas. Cuando llegó Corabel, todo el mundo se afeitaba a diario y muchos dos veces. Ahora, ver una cara limpia de vello era un raro fenómeno y las ropas tenían más de una mancha de grasa y no de instrumentos precisamente, sin que sus dueños hicieran nada por limpiarlas.

Farmley observó el panorama con gesto sombrío. Por más esfuerzos que hacía, por más que hablaba con unos y otros, infundiéndoles ánimos, enviándoles a descansar cuando los veía agotados, por más que incitaba al médico de la base para que calmase los ánimos como fuera, veía que todos sus esfuerzos resultaban inútiles. Empezó a sentirse pesimista y temió lo peor.

Así llegó la víspera de la prueba. Por la noche en el comedor, a

la hora de la cena, un grupo de cuatro o cinco hombres se acercó al joven en actitud que a Farmley no le gustó en absoluto.

—Ingeniero, deseamos hablar con usted —dijo uno de ellos, con los pulgares dentro del cinturón de los pantalones.

—Usted dirá, Ressel —contestó el joven.

—Constituimos el equipo que debiera actuar en el F-2.

—Sí, ¿Y qué más?

—Pues que hemos montado el aparato, ingeniero. Escrupulosamente montado, no queremos que nadie pueda acusarnos de que hemos hecho las cosas mal.

—Nadie lo pensó, Ressel —dijo Farmley.

—Gracias, ingeniero. Sentiríamos que usted se tomase las cosas por la tremenda. Es una buena persona y le apreciamos mucho, aunque, comprenderá que cada uno de nosotros aprecia mucho más su propio pellejo.

—Ése es un sentimiento muy lógico —manifestó el joven—. Y ahora me dirá que mañana no piensan estar en el F-2 llegada la hora del experimento.

Ressel sostuvo la mirada de Farmley.

—Usted lo ha dicho, ingeniero —contesto decidido.

Monner saltó de pronto.

—Yo me encargaré de estos tipos —dijo—. Los enviaré arriba, bien custodiados y...

Ressel sonrió sardónicamente.

—Llame al capitán Farkis, general. Llame también a sus ocho policías. Hágalo y déles la orden de que nos conduzcan hasta el satélite a punta de pistola. En cuanto se hayan ido, nosotros nos marchamos, y como no querrá que suceda una cosa semejante, ordenará a sus soldaditos que se queden allí para custodiamos. ¿Piensa que obedecerán esa orden, general?

El rostro de Monner se congestionó.

—Son soldados y, ante todo, se deben a...

—Perdón general —le interrumpió el joven—. Nadie duda de sus hombres ni de su valor, pero hay que tener en cuenta las circunstancias. Ahora no se trata de pelear en una guerra, en la cual tienen muchas probabilidades de morir, pero en la que, también, se mata al enemigo, se defiende a la Patria, se defiende a la familia, madres, esposas, hermanos... Aquí, general, no hay enemigo visible

contra el cual luchar, y sus hombres, aunque les amenace con los más feroces castigos, se negarán a subir al asteroide. Estoy seguro de que si, por ejemplo, fuésemos atacados por unos hipotéticos y feroces monstruos del espacio, lucharían con valor sin igual, pero en estas condiciones, Ressel tiene razón, se negarán y usted no puede fusilarlos sólo por desobedecer una orden dada con respecto a una misión que, a decir verdad, no está aún demasiado clara. Tienen presente, como todos, el ejemplo de los cinco hombres que murieron y, ¡caramba!, a ninguno le agrada morir joven sin saber cómo ni por qué.

Los argumentos del joven eran irreprochables. Monner se mordió el labio inferior con gesto dubitativo.

—Usted es todo un tipo, ingeniero —dijo Ressel, muy satisfecho—. Gracias por su intervención y dígale a la doctora que...

Ressel se interrumpió de repente. La voz de Corabel acababa de dejarse oír a través de los altoparlantes instalados en el comedor.

—¡Atención! ¡Atención a todos! Habla la directora del proyecto F-1000. Mañana, a las nueve en punto de la mañana, se iniciará la segunda prueba del mismo. Estoy enterada de que han surgido ciertas dificultades de tipo digamos... psicológico, pero no es menos cierto que el experimento se va a llevar a cabo, sea como sea. Yo, en persona, subiré al satélite. Si la palabra galantería es algo más que un signo gráfico de diez letras, entonces espero que los caballeros que hay en esta PA-1 no permitirán que una dama corra sola los riesgos que puede entrañar la puesta en práctica de la operación. Eso es todo; muchas gracias.

CAPÍTULO VIII

—Eso es todo... y también una indigna maniobra —refunfuñó Farmley a la mañana siguiente, mientras ultimaban los preparativos para dar comienzo a la prueba.

Corabel sonrió a través del casco espacial.

—Bueno, a la gente conviene pincharle de cuando en cuando el amor propio —respondió—. ¡Cuidado, Jimmy; ese cable, un par de centímetros más lejos!

—Sí, doctora —contestó el muchacho, obedeciendo la

indicación.

Además estaban también McLean y López, éste en su calidad de encargado de las comunicaciones con el Centro de Control.

—De todas formas —rezongó el joven, comprobando los instrumentos de medida—, yo pensaba acompañarla, aunque, claro está, ya sé que no me cree.

—¿Por qué no? Necesitábamos más gente aquí arriba, pero no sabía como obtener los que se precisaban, hasta que se me ocurrió esa idea. Con usted había contado desde el primer momento, Kid... ingeniero Farmley.

El joven sonrió levemente.

—Gracias por la buena opinión que tiene de mí, doctora.

Sonó la voz de López.

—Control Central informa que todo está listo allá abajo.

—O.K. —dijo Farmley—. McLean, ¿terminaste esa comprobación de voltaje?

—Sí. Está a la tensión requerida —contestó el aludido.

Farmley pegó una palmada en la cúpula que cubría al aparato que era tan parecido a un cañón.

—Bueno, a ver cómo te portas ahora —miró hacia Corabel—. Doctora, si falla, vamos a vernos en un serio aprieto.

—No me lo recuerde, por favor —dijo ella, estremeciéndose—. López, informe a Control Central que también nosotros estamos listos. Apartémonos de aquí.

Las operaciones del F-2 serían dirigidas por un aparato de control a distancia, unido al cañón por medio de un largo tubo flexible que contenía todos los cables necesarios para las distintas conexiones. Caminando con dificultad, debido a la nula gravedad del pedrusco, que apenas si los circuitos electromagnéticos podían vencer, se apartaron de la pieza, hasta situarse tras un montículo a unos cuarenta metros de distancia.

—López, informa que ya pueden comenzar la cuenta.

—Bien, ingeniero.

Las voces sonaban en sus auriculares. Fueron comprobadas todas las conexiones y el suministro de energía. Al fin, se inició la cuenta atrás.

—Cinco... Cuatro... Tres... Dos... Uno... ¡Cero!

El pulgar de Farmley presionó el botón rojo del aparato de

control a distancia.

Transcurrió un segundo, que a todos cuantos estaban allí les pareció un siglo. De pronto, pareció que se encendía un sol de diminutas proporciones en el lugar donde estaba la pieza F-2.

Sonaron gritos de terror y de espanto. El satélite trepidó como si fuese a desintegrarse. Con los ojos abiertos de par en par, Farmley, a riesgo de dañar sus pupilas, contempló el inenarrable espectáculo que se estaba produciendo a cuarenta metros de distancia.

El cañón adquirió de pronto un brillo deslumbrante. Pareció como si todo él, por arte de magia, se hubiese convertido en un ascua de oro puro de la que brotaban vivísimos resplandores. Luego, empezó a fundirse, derritiéndose como si fuese de simple cera.

Entonces pareció que el suelo hervía, que todo cuanto estaba allí se convertía en una masa ígnea de roca y metales fundidos. Brotaron chispas y rayos en todas direcciones y partieron dardos de luz multicolores. En aquel lugar, las rocas borbollaban como lava de un volcán en plena erupción.

De pronto, todo aquel conjunto de materia en fusión saltó proyectado al espacio. Instintivamente, Corabel lanzó un grito de susto al ver aquella incomprensible proyección de materia fundida.

Los fragmentos de roca en fusión se dispersaron por el espacio. Luego, poco a poco, las tinieblas retornaron a medida que la roca y el metal se enfriaban.

A pesar de todo, pasó un buen rato antes de que los cinco asombrados espectadores de la escena pudieran acercarse al lugar donde había estado el F-2. El satélite orbitó dos veces y al fin pudieron asomarse al hueco semiesférico que había quedado después del fenómeno, a no mucha distancia del anterior.

Farmley se agachó y recogió un pedrusco que brillaba de sobremanera al recibir los rayos de un sol que lucía a casi cuatrocientos millones de distancia.

El color del pedrusco resultaba inconfundible.

—Cobre —anunció.

—Pero procede de aquí, del mismo satélite —dijo la joven, pateando el suelo con rabia—. ¿Por qué se invierte el fenómeno de proyección?

Su voz tenía tonos crispados y el joven lo captó de inmediato.

—Será mejor que bajemos a tomarnos una taza de café —sugirió —. Aquí no hacemos nada práctico ya. En todo caso, volveremos a repasar de nuevo todos los cálculos.

—Y a pedir un tercer F-2 a la Tierra —dijo López con lúgubre acento.

—Si nos lo quieren enviar —contestó McLean.

La frase remató todo intento de conversación. McLean tenía razón. Después de dos sucesivos fracasos, la Comisión de Minería Espacial, ¿querría gastarse más dinero en la construcción y transporte de un tercer F-2?

* * *

El nerviosismo fue suprimido por una depresión y desgana generales. El poco trabajo que había se realizaba a ritmo lento, sin prisas. A la oficina de Corabel empezaron a llegar los documentos de dimisión.

Corabel se sintió también muy deprimida. Esperaba la respuesta de la Tierra y sabía que no podían ser muy amables con ella. Y aún lo serían menos cuando se diesen cuenta de que la gente estaba dimitiendo casi en bloque.

Levantó con la mano izquierda un fajo de papeles y se los enseñó a Shann Farmley. Los ojos de Corabel aparecían sospechosamente húmedos.

—Mire usted, Kid —dijo—. ¿Qué hago? Ayer tres, hoy cinco... mañana, sólo Dios sabe cuántas dimisiones me entregarán. La suya también, probablemente.

Farmley encendió un cigarrillo y se lo pasó a la joven.

—No se desanime, doctora. Otros vendrán a sustituir a los que se marchan. Nunca falta gente con espíritu de aventura que se dice: «Bueno, vamos a ver si nosotros salimos adelante de allí donde se atascaron aquellos tipos». Y firman un compromiso y embarcan en una astronave con rumbo a la PA-1, eso es todo.

—Usted lo dice para animarme —contestó Corabel—. Pero lo cierto es que no hemos dado aún con las causas del fracaso.

—Usted dijo que tal vez podría encontrarlas —dijo él, mientras encendía su propio cigarrillo.

—Lo creí, que no es lo mismo, Kid —dijo Corabel, sumamente

pensativa.

—Explíquese, por favor —pidió él.

La joven vaciló.

—Prometí callar —dijo.

Farmley frunció el ceño. La actitud de Corabel le desagradaba profundamente.

—¿A quién prometió callar? —preguntó. Y en el mismo momento, lo recordó todo—. Se trata del profesor Stebbins —exclamó.

—Kid, se lo ruego —suplicó ella.

—¿Es o no es el culpable del fracaso de nuestros experimentos, doctora? —preguntó Farmley incisivamente.

—No podría asegurarlo, Kid —repuso Corabel.

—Pero es posible que parte de la culpa esté en el laboratorio del profesor Stebbins, ¿no?

La puerta se abrió súbitamente, impidiendo a Corabel dar una respuesta. Farmley se volvió en el acto.

—Buenos días, doctora. ¿Qué tal, Farmley? —saludó Monner.

—Encantada, general. Siéntese, por favor —dijo Corabel.

Farmley se puso en pie.

—Yo me voy. Doctora, continuaremos nuestra conversación...

—No es necesario que se marche, ingeniero —dijo el general bruscamente —. Lo que voy a decir no tiene, hasta cierto punto, gran importancia. Y además, lo saben ya todos cuantos están aquí.

—Hable, general —rogó Corabel.

Monner se desabotonó el bolsillo izquierdo de su camisa con ademán melodramático y extrajo del mismo un documento doblado en cuatro pliegues, que alargó a la joven.

—Mi dimisión, doctora —expresó—. Propongo que el capitán Farkis me sustituya hasta que llegue el nuevo coordinador. Al mismo tiempo, le ruego autorización para enviar un espaciograma a la Tierra, anticipando mi decisión, a fin de que puedan designar el nuevo coordinador.

Corabel guardó silencio unos momentos, en tanto miraba fijamente a Monner.

—¿Por qué lo hace? —preguntó al fin.

—He fracasado, doctora —contestó Monner, impávido.

—Hemos fracasado todos, general —dijo Corabel sin pestañear

—. Y en este caso, una de dos: o nos relevan a todos, cosa poco menos que imposible, porque sería preciso entrenar a un equipo compuesto por cincuenta o sesenta personas, o todos seguimos adelante hasta que hayamos encontrado la causa que motiva tales fallos. Por tanto —exclamó la joven en tono enérgico— rechazo todas las dimisiones y ordeno que cada cual continúe en su puesto hasta finalizar la operación. Es posible, se ha comprobado en pequeñas cantidades, con éxito, y sólo falta ahora conseguir resultados prácticos. De un modo u otro, hemos de lograrlo, general. Por dicha razón, deniego la autorización para que envíe a la Tierra ningún espaciograma y... ¡mire lo que hago con su solicitud de dimisión y todas las que me han presentado hasta ahora!

Corabel unió la acción a la palabra y empezó a romper los documentos de dimisión en cuatro trozos, que luego arrojó a la papelera.

—Le necesitamos, general —dijo, en tono algo más suave—. Podremos tener nuestras pequeñas diferencias personales, pero en lo fundamental debemos estar de acuerdo y proseguir juntos los trabajos hasta el momento del triunfo. Y, a menos que se me presente una dimisión en masa, continuaremos adelante, general, se lo aseguro.

Monner acabó por sonreír.

—Está bien, doctora. Seguiremos... si sigue usted, porque, a fin de cuentas, no podríamos dejarla abandonada a su suerte.

—Tenemos que averiguar la causa de los fallos —intervino el joven—. Y ya nos hemos formado una hipótesis que...

—Deberán darse prisa —le interrumpió Monner—. Bastante prisa.

—¿Por qué? —preguntó Corabel, extrañada.

—Estamos saliendo del perigeo —manifestó el general—, Como ustedes no ignoran, la distancia mínima al Sol es de doscientos noventa y dos millones de kilómetros. Ahora estamos a trescientos y pico, lo cual significa que dentro de unos trescientos sesenta días terrestres, habremos alcanzado el apogeo de la órbita del asteroide, situado a quinientos cuarenta y seis millones de kilómetros del Sol. Alcanzado el apogeo, es preciso dejar pasar trescientos ochenta y ocho días y medio para llegar al punto de distancia mínima al Sol,

esto es, al perigeo. Para llegar al punto de distancia media, situado a cuatrocientos diecinueve millones de kilómetros, faltan unos ciento ochenta y tres días, seis meses terrestres.

»Pasado ese plazo, ninguna astronave de carga podrá alcanzamos y habremos de completar la órbita, por lo menos, antes de situarnos en una posición celeste ideal para que puedan enviarnos otra nave. Eso supone, como mínimo, año y medio. ¿Estamos en condiciones de sobrevivir todo ese tiempo? ¿Disponemos de los suficientes víveres, agua y oxígeno para sobrevivir dos largos años en el espacio, a partir de este momento?

»Doctora, no quiero ser tachado de cobarde ni tampoco quiero que se diga de mí que la abandono por rencillas personales, pero el problema que acabo de exponerle es de los que exigen una pronta solución. Teniendo en cuenta lo expuesto, es fácil suponer que, o triunfamos en el plazo máximo de los seis meses antedichos o, si no vemos posibilidades razonables de triunfar, habremos de ir preparando todo para la evacuación de la PA-1. Y esta vez no podrá exigir a sus hombres que se queden durante otros dos años en el espacio, con objeto de llevar a cabo un plan cuya ejecución será, es, sumamente problemática —concluyó el general en tono rotundo.

CAPÍTULO IX

Jimmy Morris se despertó cuando notó que el chorro de luz de una linterna le daba en pleno rostro. Sobresaltado, manoteó un poco, a la vez que emitía unos gruñidos de protesta contra el osado que tenía la desvergüenza de despertarle en lo mejor de su sueño.

—Silencio —le susurró Farmley—. Jimmy, vístete y no hagas ruido.

—¿Adónde vamos? —quiso saber el muchacho.

—Ya lo verás —contestó Farmley—. Date prisa; te espero en el vestuario.

Farmley salió del dormitorio y caminó rápidamente a lo largo del corredor. En pocos momentos alcanzó la sala donde estaban colgados los trajes espaciales.

Cada miembro del proyecto tenía el suyo, con su nombre y una cifra de orden, repetida varias veces en distintos lugares visibles del

traje. Farmley empezó a vestirse y antes de que terminase, Jimmy ya estaba a su lado.

—¿Qué pasa, Kid? ¿A qué diablos vienen tantos misterios?

—Vamos a ver si encontramos el origen de los fallos —contestó el joven.

Jimmy respingó.

—¡Cuernos! ¿Lo dices en serio?

—Habla menos y date más prisa. Vamos, muévete.

Farmley se colocó el casco y lo cerró herméticamente. Probó la calefacción y el suministro de oxígeno; ambos funcionaban a la perfección. Conectó el circuito electromagnético y notó al instante el natural aumento de peso.

Probó también el transmisor de radio y lo graduó en una frecuencia de alcance mínimo. Revisó luego el equipo de Jimmy y éste revisó el suyo; era una precaución normal pero inexcusable.

Una vez vestidos, se dirigieron hacia la esclusa. Pasaron la primera compuerta, que el joven cerró de inmediato. Presionó un botón y las bombas empezaron a succionar el aire contenido, hasta dejar la esclusa en vacío. Una vez realizada la operación, Farmley abrió la compuerta externa.

El vacío en la esclusa no era tan perfecto como en el espacio exterior. Jirones de vapor blanquecino escaparon rápidamente apenas se hubo abierto una ranura en la compuerta externa. En seguida, los dos hombres se lanzaron afuera.

—Deprisa, Jimmy —susurró el joven.

Caminaron a saltos, ganando terreno con toda la rapidez que les fue posible. Cincuenta minutos más tarde, avistaron el conjunto de edificios del laboratorio de Stebbins.

—Conque es aquí, ¿eh? —gruñó el muchacho de mal talante.

—Silencio, no hagas ruido.

Se acercaron a la compuerta externa. Farmley sabía que sólo podía abrirse desde el interior estando el profesor en su laboratorio. Suponía que Stebbins era lo suficientemente precavido como para no dejarse sorprender y que habría tomado sus precauciones. Al cabo de unos segundos de reflexión, comprendió que la prohibición de hacer ruido era absurda.

—Coge una piedra, Jimmy —ordenó.

Él mismo se agachó y agarró un pedrusco, con el cual empezó a

golpear las paredes del laboratorio. En el vacío no se captaba ningún sonido, salvo la repercusión de los golpes en su cuerpo a través del brazo, pero dentro del laboratorio aquellos golpes tenían que escucharse a la fuerza.

Sus llamadas fueron atendidas finalmente. Una voz sonó en los auriculares de ambos cascos.

—¿Quién es? —se oyó la voz irritada de Stebbins—. ¿Por qué demonios vienen a despertarme a estas horas?

—Abra, profesor —ordenó el joven—. Soy el ingeniero Farmley. Quiero hablar con usted.

—No tenemos nada que discutir —contestó Stebbins con una aspereza desacostumbrada en un hombre tan tímido como él—. Lárguense y déjenme en paz.

—Bien, profesor, si no nos quiere atender, entraremos nosotros. Pero vaya poniéndose una escafandra de vacío, porque le vamos a colocar una carga explosiva en la esclusa —mintió—. Así que o nos abre o entrarnos. Elija.

—Ese no es comportamiento de personas civilizadas —protestó el científico.

—Aplíquese el cuento, profesor —dijo Farmley con sorna—. ¿Tanto miedo tiene a que hablemos con usted?

Hubo una pausa de silencio. Al fin, Stebbins contestó:

—Cedo, pero únicamente ante la fuerza. Mañana elevaré mi protesta a la doctora von Wehnetz, téngalo por seguro, señor Farmley.

—Acepto toda la responsabilidad, profesor —dijo el joven de buen talante.

Instantes después, se hallaban dentro del edificio. A fin de hablar con más comodidad, Farmley se quitó el casco.

—Creí que venía usted solo —gruñó Stebbins.

—Es mi ayudante, profesor —manifestó el joven.

—Bien, de acuerdo. Luego me oirá la doctora, señor Farmley. Y ahora, díganme qué es lo que quieren de mí.

—Exactamente conocer al detalle en qué consisten sus experimentos.

Stebbins apretó los labios.

—Tengo pleno derecho a negarme a dar explicaciones a nadie —contestó—. Ni aun a la propia doctora expliqué todo lo que hago,

ingeniero.

—A mí sí me lo explicará, profesor.

—¿Y si me niego?

La mano del joven se movió rápidamente.

—Esta pistola le tendrá inmóvil, mientras mi ayudante desconecta su central de energía. Después, me lo llevaré detenido a la base del proyecto F-1.000 y permanecerá allí, sin hacer nada, hasta que nosotros hayamos concluido nuestro próximo experimento.

El pecho de Stebbins se hinchó tempestuosamente.

—Cuando se entere el Secretario del Espacio de la indignidad a que soy sometido, ustedes tendrán mucho que explicar y más todavía que padecer —dijo con torvo acento.

—Muy bien. De acuerdo. Pero ahora hable —ordenó el joven, impávido—. ¿Qué son todos esos aparatos? ¿Para qué sirven?

—Estoy haciendo experimentos con la cuarta dimensión.

Farmley abrió la boca de par en par. Jimmy pronunció una sola palabra.

—¡Cáscaras!

—¿Cuarta dimensión? —repitió Farmley cuando, al fin, hubo recobrado la palabra.

—Exactamente —confirmó Stebbins con voz llena de orgullo.

Farmley miró al muchacho, desconcertado por completo.

—Eso... —murmuró Farmley—, ¿no es... el tiempo?

—Bueno, convengamos en que el plano temporal.

El joven miró con suspicacia los dos grandes cajones de vidrio que había a ambos lados del piano donde estaban los botones de control.

—¿Podría hacer un experimento para nosotros, profesor?

—Oh, por supuesto que sí —aceptó Stebbins—. Tengan la bondad de esperar unos momentos.

El profesor se alejó. Jimmy aproximó sus labios al oído del joven.

—Todo esto no me gusta un pelo, Kid —susurró.

—Estoy de acuerdo contigo —contestó Farmley en el mismo tono—. Diablos, no soy un oscurantista, sino un tipo que admite todas las formas de progreso, pero hasta jugar con el calendario me parece que es algo excesivo.

—Lo mismo opino yo —dijo Jimmy.

—Oye —murmuró Farmley—, ahora, durante unos minutos, mientras el profesor está atareado, disponiendo el experimento, tú procura observar lo que hay por aquí ¿entendido?

Jimmy juntó en círculo el índice y el pulgar y le guiñó un ojo.

—Hacer el espía espacial era una de mis debilidades cuando era niño —contestó con amplia sonrisa.

En aquel momento, regresó el profesor. Traía en los brazos un gatito, que no tendría más allá de dos meses de edad. El pelaje del felino era totalmente negro, salvo una mancha blanca en la frente.

—Ahora verán —dijo.

Los cubos de cristal disponían de sendas puertas, que apenas se distinguían en su estructura general. Al abrir una de dichas puertas, Farmley se dio cuenta del anormal grosor del vidrio, que debía medir, estimó, diez o quince centímetros por lo menos. También reparó en que las aristas, que eran de metal blanco muy brillante, tenían en su parte interna una serie de orificios, muy juntos, de un centímetro de diámetro, aproximadamente.

Le pareció hallarse ante un brujo de nueva especie y se sintió aprensivo. No obstante, procuró contenerse y no mostrar sus temores al exterior.

Stebbins colocó el gatito en el interior del cubo y cerró la puerta con cuidado. Luego se dirigió al gran tablero de instrumentos y se sentó frente al mismo.

—Cuando yo les diga —advirtió—, fijen la vista en el gato.

Movió una palanca y en el acto empezó a oírse un sordo zumbido. Casi de inmediato, Farmley percibió la extraña vibración que había sentido en ocasiones anteriores.

Entonces comprendió que sus sospechas no eran del todo injustificadas. Sin embargo, y para asombro suyo, las voces no se dejaron oír.

El zumbido se acentuó. Las manos de Stebbins se movían velozmente por el teclado, en tanto que su vista estaba fija en la tremenda batería de esferas indicadoras y pequeñas pantallas que tenía frente a su rostro. En una especie de osciloscopio, una chispa eléctrica aparecía y desaparecía con inaudita rapidez, produciendo un «pip—pip» de sonido chirriante muy desagradable.

De pronto, Stebbins exclamó:

—¡Miren el gato!

Los ojos del joven se volvieron hacia la jaula de vidrio. Casi en el mismo instante, brotaron numerosos filamentos luminosos de los orificios internos de las aristas.

Los hilos, que parecían largas chispas eléctricas que saltasen de un polo al otro, se agitaban y serpenteaban en el aíre, concentrándose sobre el felino, el cual aparecía encogido y amedrentado en el suelo de la caja. El animal abría y cerraba la boca; era indudable que maullaba aterrorizado, pero no eran audibles sus maullidos.

De pronto, la imagen del gato empezó a hacerse borrosa. Vibró en el aire por un instante y luego desapareció en el acto.

—Vuelvan la vista hacia la otra jaula —exclamó Stebbins.

Farmley hizo lo que le decían. Su asombro no alcanzó límites cuando vio que el animal se había corporizado en la caja del lado opuesto.

Pero se producía una curiosa circunstancia: su pelaje había cambiado por completo. Antes era negro; ahora, era totalmente blanco, salvo la mancha en la frente que, de blanca, se había trocado en negra. La inversión del colorido había sido absoluta.

Además, era un gato adulto, un animal enorme para lo que suelen ser tales felinos. Farmley empezó a comprender en parte lo que había ocurrido allí en el espacio de unos pocos segundos.

Volviéndose, Stebbins, en tono victorioso, dijo:

—He conseguido, tras varios fracasos en otros animales, transportar a ese gato de una jaula a otra sin necesidad de tocarlo. Además, como ha podido ver, de un minino, le he convertido en un gato adulto, con dos años de vida y... Oiga, ingeniero, ¿dónde diablos se ha metido su ayudante?

En aquel momento, Jimmy penetraba de nuevo en el laboratorio.

—¡Kid, el profesor tiene aquí una central de fuerza diez veces más potente que la nuestra! ¿Para qué diablos querrá tanta energía?

CAPÍTULO X

Después de la exclamación del muchacho, se produjo un instante

de tenso silencio.

Farmley volvió los ojos hacia el profesor. Empezó a sentir una vaga alarma.

El rostro de Stebbins se transfiguró de pronto, adquiriendo una expresión diabólica. Sin previo aviso, saltó hacia el joven y le derribó fulminado, de un formidable derechazo en la mandíbula.

Farmley había cometido un error, guardando la pistola al ver la actitud condescendiente del profesor. Cuando quiso sacarla de nuevo, era ya tarde.

Jimmy lanzó un grito de rabia y corrió hacia Stebbins. El profesor se inclinó y se apoderó del arma, con la que encañonó al muchacho.

—¡Quieto! —ordenó—. Si das un solo paso, te abraso.

Jimmy se detuvo a dos metros del profesor, con los brazos medio extendidos y el cuerpo encorvado. Sus ojos brillaban con furia llameante.

—Si le ha hecho algún daño al ingeniero —dijo con rabia.

—¡Calla! —barbotó Stebbins—. Agárrale y mételo dentro de la jaula.

—¿Qué es lo que va a hacer? —preguntó el muchacho.

El índice de Stebbins se curvó sobre el gatillo de la pistola.

—Si vuelves a hacer una sola pregunta, te mato —amenazó, furioso—. ¡Adentro!

Jimmy comprendió que no le quedaba otro remedio que obedecer. Agarró al inconsciente Farmley por debajo de los sobacos y lo arrastró hasta meterlo por completo dentro de la jaula.

La escasa altura de la caja de vidrio le impedía erguirse. Estaba todavía inclinado, cuando Stebbins le asestó un fenomenal puntapié que lo lanzó sobre el inerte cuerpo del ingeniero.

Antes de que pudiera revolverse, oyó un fuerte chasquido. Giró la cabeza y vio a Stebbins en el exterior, riendo como un poseído, con los ojos de un demonio que atizase el fuego para los condenados. Dentro de la caja de vidrio el aislamiento era absoluto y no penetraba ningún sonido del exterior.

Horriblemente espantado, Jimmy vio al profesor que se dirigía hacia el cuadro de instrumentos. Contempló sus manipulaciones y, de pronto, sintió un fuerte hormigueo en todo su cuerpo.

Los cabellos se le erizaron cuando los primeros filamentos

luminosos invadieron el interior de la jaula. El cosquilleo se acentuó.

Le pareció que se hallaba en el centro de un relámpago de ilimitada duración. La luz aumentó su potencia, en medio de una serie de aterradores chasquidos hasta que, de pronto, oyó un colosal estampido y el laboratorio, con cuanto contenía, desapareció de sus ojos.

* * *

Los megáfonos de la base ganguearon monótonamente.

—¡Llamad al ingeniero Farmley! ¡Llamad al ingeniero Farmley para que se presente con toda urgencia en el despacho de la doctora von Wehnetz!

El interesado no contestó a la llamada. En su despacho, Corabel empezó a sentirse impaciente.

Abrió la conexión del interfono:

—Que busquen al ingeniero por todas partes —ordenó en tono perentorio.

—Sí, doctora —contestó una voz.

Corabel se puso en pie y empezó a pasearse muy nerviosa. Se reprochaba a sí misma no haber cortado antes los experimentos del profesor Stebbins. Claro que era un tipo altamente recomendado; de lo contrario, no le habrían consentido instalar el laboratorio en la FA—1.

Pero a cada momento que transcurría, se sentía más y más convencida de que debía haber interrumpido tales experimentos, no importaba la clase de influencias que poseyera Stebbins. Si la energía irradiada por sus aparatos había interferido la energía que ellos utilizaban en las conexiones de F-1 y F-2... parecía comprensible que se hubiesen producido aquellos extraños fenómenos, los cuales, a pesar de todo, no tenían aún explicación plausible. Sólo creía que las máquinas de Stebbins habían tenido algo que ver con el asunto, pero no estaba en condiciones de hallar el «cómo» ni el «por qué».

Sonó el zumbido del interfono, interrumpiendo sus reflexiones. Alargó la mano y dio el contacto.

—Habla la doctora von Wehnetz —dijo.

—El ingeniero Farmley no aparece por ninguna parte, doctora —le informaron.

Corabel consultó su reloj. Eran las ocho y media de la mañana.

—Tal vez esté durmiendo. Despiértenlo, en tal caso.

—Lo siento, doctora. Su habitación está desocupada. Hace rato que se levantó, aunque ignoramos adonde haya podido dirigirse.

—Está bien, muchas gracias.

Corabel cerró. Un segundo más tarde, conectaba de nuevo el interfono.

—¿Quién es?

—Capitán Farkis, doctora —sonó una voz—. Faltan dos trajes espaciales en el vestuario; los numerados con el cinco y el veintitrés.

—¿A quiénes corresponden? —preguntó Corabel.

De uno de ellos, sin embargo, ya conocía la respuesta.

—Al ingeniero Farmley y a su ayudante Jimmy, doctora. Han debido salir al exterior —el informante hizo una corta pausa y añadió—: Resulta extraño; no firmaron la correspondiente hoja de salida, declarando los datos reglamentarios: lugar al cual se dirigían, hora de salida y tiempo aproximado que calculaban estarían en el exterior.

Farkis calló. La joven reflexionaba a toda máquina.

—Doctora —dijo el oficial—, si lo desea, puedo salir en su busca...

—No. Gracias, capitán. Será suficiente con que empleen la radio. López se encargará de ello.

—Bien, doctora.

La comunicación se cerró. Corabel empezaba a sospechar dónde se hallaba la pareja.

Precisamente había ordenado que Farmley se presentase a ella, para que la acompañase al laboratorio del profesor Stebbins. A cada momento que pasaba, adquiría la irrefutable convicción de que el origen del fracaso estaba en las máquinas de Stebbins y quería comprobar su teoría, dirigiéndose al laboratorio. Pero la ausencia de Farmley y, sobre todo, comprobar que se le había anticipado, la desazonaba muchísimo.

López llamó unos minutos más tarde.

—Doctora, lamento tener que decirle que todos los esfuerzos

realizados hasta ahora para ponerme en contacto con el ingeniero y su acompañante, han resultado estériles.

—Está bien, muchas gracias, López... ¡Espere, no corte! —exclamó de súbito.

—¿Algo nuevo, doctora? —preguntó el operador de radio.

—Sí. Usted y McLean, hagan el favor de acudir al vestuario. Yo iré allí ahora mismo.

—Conforme.

Resuelta a todo, la joven cortó la conexión y se puso en pie. Rodeó la mesa y se dirigió hacia la salida, en el momento mismo en que el general Monner entraba en la habitación.

—Doctora, me he enterado de la desaparición de dos hombres —dijo Monner—. Estoy dispuesto a ayudarla en lo que sea.

Corabel se conmovió ante la lealtad que mostraba aquel hombre con el que tanto había chocado al principio.

—Gracias, general —contestó—. Ahora voy a realizar unas gestiones personalmente, acompañada de dos miembros del proyecto. Estimaré mucho que se quede aquí, en la base, al cargo de todo, hasta mi regreso.

Los ojos de Monner brillaban con fiereza.

—Vaya tranquila, doctora. Y si necesita de mí y de mis hombres, envíe un mensaje: acudiremos en el acto.

Corabel correspondió con una leve sonrisa. Luego, saliendo de la habitación, se dirigió hacia el vestuario.

McLean y López estaban equipándose ya. El primero inquirió:

—¿Adonde vamos, doctora?

—Al laboratorio del profesor Stebbins —respondió ella en tono enérgico.

* * *

Shann Farmley volvió a la vida poco a poco. Una voz, que parecía llegarle de lo más profundo del espacio, hirió sus tímpanos.

—¡Kid! ¡Despierta, Kid! ¡Vamos, hombre, abre esos ojos de una condenada vez!

Un suspiro brotó de los labios del joven. Farmley notó que la conciencia le volvía poco a poco.

La mandíbula le dolía. Entonces recordó el golpe que le había

propinado el doctor Stebbins.

Abrió los ojos y miró turbiamente en torno suyo. Sólo divisó una vaga e inconcreta penumbra, sin el menor detalle, que parecía envolverles por todas partes.

—¿Dónde estamos, Jimmy? —preguntó con voz débil, haciendo esfuerzos para sentarse.

—Sólo Dios lo sabe —contestó el muchacho—. Ese forajido nos envió aquí… ¡y que me ahorquen si sé qué es esto!

Las fuerzas volvían rápidamente al maltrecho Farmley, a medida que los efectos del puñetazo se iban disipando. Consiguió hallar el foco correcto de sus pupilas y, durante algunos momentos, permaneció en silencio en tanto miraba a su alrededor.

Parecía como si estuviesen envueltos en una niebla espesa, casi tangible, a la hora del atardecer, en un lugar donde el sol no conseguía atravesar aquel denso banco de nubes. Era una semioscuridad grisácea, impenetrable a pocos pasos de distancia, aterradora en su mismo y absoluto silencio, amenazadora y siniestra, cuyo origen se le hacía por completo desconocido.

—¿Dices que el profesor Stebbins nos envió aquí?

—Así es —contestó el muchacho—. Cuando te golpeó él, yo quise echarme encima, pero me amenazó con tu propia pistola. Tuve que meterte en la jaula de vidrio y yo entré también. Puso en marcha su maldito piano y… ¡plaf!, aquí estamos.

Farmley se puso en pie. Notó que el suelo era blando, aunque no en exceso. Sin embargo, no podía divisar ningún detalle del mismo.

Volvió los ojos hacia Jimmy. Su mente sufrió un fuerte choque al contemplar el aspecto que ofrecía el muchacho.

Parecía un ser trasparente. Podía ver los aparatos del traje de vacío que llevaba a la espalda como si los contemplase a través de una pantalla de rayos X, aunque con mayor detalle. En cambio, los huesos no eran perceptibles.

—Jimmy —preguntó con voz estrangulada por la emoción—, ¿estás viendo lo mismo que veo yo?

—Sí, Kid —contestó el muchacho—. Pero, en nombre del cielo, ¿dónde estamos, Kid? ¿Dónde estamos?

Farmley tragó saliva.

—No lo sé —respondió—. Es decir, no lo sé con exactitud. Pero no me extrañaría que el doctor Stebbins nos hubiese enviado a

alguna dimensión espacio—temporal distinta de la nuestra.

CAPÍTULO XI

Jimmy dirigió al joven una mirada compungida. Casi estaba a punto de romper a llorar.

—¿Quieres... decir que estamos fuera de... de nuestro mundo? —balbució, aterrado.

—Si por nuestro mundo se entiende la dimensión en que ordinariamente nos movemos, entonces, sí, estamos fuera de nuestro mundo. Fíjate, nos vemos semitransparentes y respiramos y nos movemos normalmente, pero no vemos nada, ni siquiera las estrellas, ni el menor detalle corpóreo que nos indique el lugar exacto dónde nos hallamos. Sin embargo —agregó con firme acento —, todavía no estamos muertos, Jimmy.

—No estoy yo muy seguro de ello —gimió el muchacho—. Si no vemos nada, es que estamos...

—A mí me parece que estaríamos viendo un Gran Resplandor —dijo el joven con voz solemne—. Y estaríamos sólo en espíritu, no con nuestro cuerpo.

Golpeó el pecho de Jimmy para demostrarle la veracidad de su aserto. Jimmy emitió un gruñido de dolor.

—¡Caray, pegas fuerte, Kid! —se quejó, mientras tosía.

—Era para demostrarte que aún no hemos muerto —sonrió Farmley —. Vamos, aquí no podemos estar quietos.

—¿Hacia dónde? Todo es igual; por todas partes se ve lo mismo...

Farmley le agarró por el brazo.

—Lo primero que debes pensar es que, bajo, ningún concepto, hemos de perder la serenidad. Si nos dejamos llevar por los nervios, si nos abandonamos al pánico, estamos perdidos. ¿Has comprendido? Métete esto en la cabeza: Todavía estamos vivos.

Jimmy suspiró.

—De acuerdo, Kid. Vamos.

Empezaron a caminar. Resultaba aterrador andar por encima de un suelo tan penumbroso como el cielo y la niebla que les envolvía, con un manto espeso de silencio total, mil veces más depresivo que

el silencio del espacio en el que, contemplando las estrellas, parecía escucharse una lejanísima música que venía de todas partes y de ninguna a la vez. Pero allí no ocurría nada de eso y la falta absoluta de todo sonido era una sensación enervante y abrumadora, que deprimía el ánimo catastróficamente.

Caminaron sin hablar durante unos minutos. De pronto, a unos cuantos pasos de distancia, Farmley divisó un obstáculo que venía a romper la monotonía general, del paisaje.

—Ven, Jimmy —gritó, echando a correr.

Alcanzaron el objeto. Entonces vieron que se trataba de un cuerpo humano.

Farmley sintió que su pánico alcanzaba proporciones aterradoras. El cuerpo pertenecía a uno de los componentes del equipo que había maniobrado con la pieza F-2 y que había desaparecido en el momento del estallido.

—¡Es Forbes! —gritó el muchacho.

Farmley se arrodilló junto al cuerpo tendido en el suelo. No le hizo falta demasiado para comprobar que se hallaban ante un cadáver.

—Está muerto, Kid —dijo Jimmy—. Pero ¿de qué ha muerto?

El rostro de Forbes acusaba una demacración insuperable. En sus depauperadas facciones podía advertirse la última mueca de horror, petrificada en ellas en sus últimos segundos.

Jimmy emitió un penetrante chillido.

—Kid, ¿de qué ha muerto Forbes?

Farmley bajó la cabeza. Contestó en tono sombrío.

—De hambre y de sed, Jimmy.

* * *

Corabel se quitó el casco y agitó la cabeza un momento, para acomodar con el gesto sus cabellos, que se le habían despeinado un tanto. A su lado, López y McLean imitaron su acción.

—Estoy a su disposición, doctora —manifestó el profesor Stebbins en su tono untuoso.

—Muchas gracias, profesor —contestó ella con sequedad—. Seremos breves —prometió—. Una pregunta tan sólo: ¿Dónde están el ingeniero Farmley y el ayudante que le acompañaba?

Stebbins enarcó las cejas.

—¿El ingeniero? Oh, doctora, ¿cómo se le ha ocurrido que yo puedo saber el paradero de esos dos hombres?

—Porque tengo informes fidedignos —mintió ella— que me señalan que ambos individuos se dirigieron a su laboratorio. Por tanto, le exijo me indique dónde están o… lo que haya podido ser de ellos.

—Le repito que no sé nada, doctora —insistió el científico—. No he vuelto a ver al ingeniero Farmley desde el día en que…

—Profesor, tengo la impresión de que es usted un reputado científico y un redomado embustero —dijo Corabel sin ambages—. Esos dos hombres han estado aquí y usted les ha hecho algo, que ahora nos trata de ocultar. Quiero conocer la verdad o, de lo contrario, le costará muy caro, se lo prometo.

—Supongamos que sea cierto lo que usted afirma, doctora —contestó Stebbins, mirándola por encima de los ojos—. En tal caso, ¿qué interés tendría yo en ocultar a esa pareja?

—Le diré, profesor. Tanto el ingeniero Farmley como yo, aunque separadamente, hemos llegado a la conclusión de que el funcionamiento de sus aparatos interfiere los del proyecto F-1.000 cuando realizamos las pruebas correspondientes. Por dicha razón, el ingeniero vino aquí para comprobar su teoría y usted…

Stebbins meneó la cabeza.

—Temo que no sabe lo que dice, doctora. Quizá está enamorada de ese hombre y el cariño que le tiene le hace ver las cosas que son inexactas por completo.

—¡No estoy enamorada del ingeniero! —gritó ella, enrojeciendo vivamente—. Soy la directora de un proyecto y…

Mientras hablaban, la perspicaz mirada de López escrutaba el interior del laboratorio. De pronto, sus ojos captaron la imagen de un objeto situado sobre una mesa.

—Profesor —cortó en seco las protestas de Corabel—, ¿declararía bajo juramento que el ingeniero Farmley no ha estado aquí en las últimas veinticuatro horas?

—¡Pues claro que sí! —contestó Stebbins.

Y de pronto se percató de la pistola que había arrebatado a Farmley y que no había vuelto a recordar más.

Un rugido de ira se escapó de sus labios. Saltó hacia delante, en

el mismo momento en que lo hacía López.

—¡Agárrale, Mac! —gritó el operador de radio.

Los dos hombres alargaron a una las manos, ansiosos cada uno de apoderarse del arma. Acaso Stebbins hubiese llegado primero, de no haber sido por el escocés, quien lo derribó por tierra con una irreprochable carga con el hombro, que no hubiera desdeñado en firmar el mejor jugador de «rugby».

Stebbins y McLean rodaron por tierra en confuso montón. La mano de López se engarfió en tomo a la culata del arma.

—¡Suéltalo ya, Mac! —ordenó.

El escocés rodó a un lado. Stebbins se puso en pie, furioso, pero sus movimientos fueron detenidos en seco por la decidida acción del operador de radio.

—¡Alto ahí, «profe»! —ordenó López en tono pintoresco—. No se mueva de donde está o le practico una «aspirinización» permanente, quiero decir que le curo de un balazo todos los dolores de su «coco». Mac, mira a ver si encuentras algo para atarle las manos por el momento.

Cuando el profesor hubo sido reducido a la impotencia, López se acercó a la joven. Le enseñó la culata del arma.

—Mire usted, doctora —dijo—. Las iniciales del ingeniero. Están grabadas en las cachas de la culata. Eso prueba, sin ninguna duda, que estuvo aquí.

—Podría alegar que me entregó él la pistola —dijo Stebbins con rabia,

—Eso no es cierto —contradijo López—. El ingeniero la tenía muy bien guardada y no la sacaba jamás. Por otra parte, ¿cuántas veces le ha visto usted desde que está aquí? Además, ¿con qué motivo iba a haberle pedido un arma? —movió la mano en sentido circular—. ¿Tiene miedo de dos gatos, una tortuga y seis peces? —exclamó con ironía.

—Dejemos esto —terció la joven con aspereza—. Lo interesante es saber dónde están el ingeniero y su acompañante. Hable, profesor, se lo ruego por su propio bien.

—No lo sé —contestó Stebbins.

—Muy bien —dijo ella—. Ahora mismo, clausuraré su laboratorio y nos lo llevaremos detenido a la base, acusado de asesinato en las personas de Shann Farmley y Jim Morris. Dada mi

autoridad en la PA-1, estoy facultada para nombrar un tribunal competente, cuya sentencia será efectiva en la Tierra, con tanta legalidad como si el juicio se hubiese celebrado en aquel planeta. Naturalmente, tendrá derecho a elegir un defensor entre el personal de la base.

—Rechazo la imputación —protestó Stebbins—. Yo no les he asesinado.

—Entonces, diga qué hizo con ellos —gritó McLean—. La pistola de Kid ha aparecido en su laboratorio. ¿Dónde está él?

Stebbins apretó los labios.

—No hablaré una sola palabra, salvo para protestar de este trato que estimo absolutamente injusto. Cuando el Secretario del Espacio se entere...

—Me parece —le interrumpió Corabel—, que es muy posible que, a su vez, el propio Secretario tenga que dar muchas explicaciones.

—¡Yo no he hecho nada malo a propósito! —protestó Stebbins con grandes chillidos.

Corabel se le encaró, furiosa.

—Pero ahora se ha dado cuenta de que su aparato, al funcionar, sí ha causado esos daños que no estaba en su imaginación causar; y su orgullo es tan grande, que no quiere reconocerlo. ¿Es verdad o no, profesor? ¡Confiese de una vez!

Stebbins se mordió los labios.

—Ya no hablaré más, salvo para exigir que se me permita enviar un espaciograma al Secretario del Espacio, informándole de las indignidades y humillaciones a que he sido sometido —contestó.

—Muy bien. Aquí está López, nuestro jefe de comunicaciones— contestó la joven—. Él cursará su mensaje, profesor, pero yo cursaré otro, diciendo que se inicia un juicio contra usted por doble asesinato. Cuando la noticia se haga pública en la Tierra, ya verá de qué le sirve la protección de su precioso Secretario del Espacio. Verá qué manera de sacudirse las pulgas molestas... es decir, usted y su precioso laboratorio. ¡Llévenselo a la base!

CAPÍTULO XII

Encontraron cuatro cadáveres más. Y el de un perro.

No había duda alguna: De Souza y sus compañeros habían muerto de hambre, lo mismo que el can.

Por alguna razón técnica que se le escapaba, la maquinaria del profesor Stebbins, funcionando a la vez que las piezas F-1 y F-2 del proyecto, había originado la inversión y, al mismo tiempo, había atrapado en sus haces a De Souza y sus desgraciados compañeros a una zona en donde, privados de todo e imposibilitados de regresar a su propia dimensión, habían terminado por perecer de la más horrible de las muertes.

Las voces que habían escuchado eran las de ellos, gritando en súplica de un auxilio que sabían que nadie podía concederles, en especial, si se tenía en cuenta que tampoco nadie podía imaginarse ni remotamente lo que les había sucedido.

¿También ellos dos estaban condenados a perecer de hambre y sed?

La perspectiva era aterradora. Pero Farmley no se daba fácilmente por vencido.

Agarró el brazo del muchacho.

—Jimmy, no te dejes llevar por el desánimo. Algún medio habrá para regresar a nuestra dimensión espaciotemporal ordinaria. Ten paciencia; ya lo encontraremos. Por el momento, y esto es lo más importante, seguimos con vida. ¿Te imaginas lo que habría sido de nosotros si, en lugar de lanzarnos fuera, nos hubiese proyectado al otro cajón y a cien años más adelante, convirtiéndonos en unos venerables viejecitos?

Jimmy sonrió de mala gana.

—Está bien —dijo—. Vamos a ver qué podemos hacer... ¡Eh! —exclamó de pronto—. ¿Qué es eso? Parece que veo una luz, allá a lo lejos.

Farmley esforzó la vista. Sí, se divisaba un tenue resplandor, aunque no podía precisar la distancia.

—Andando, Jimmy.

Poco después, llegaban a una desconcertante conclusión.

Estaban ante el edificio del laboratorio de Stebbins. Y podían ver con toda claridad lo que ocurría en su interior.

Ciertamente, no era una visión perfecta. Parecía como si contemplasen las cosas a través de un espeso velo negro, que

convertía en grises los colores y difuminaba un tanto los contornos de los objetos más lejanos. Pero podían ver lo que pasaba en el interior del laboratorio y eso era lo realmente importante.

Además, se dieron cuenta de otra cosa de no menor importancia: Corabel, López y McLean estaban en el laboratorio, hablando con el profesor y no cordialmente, a juzgar por los gestos y ademanes que hacían.

—Vamos a llamar —gritó Jimmy.

Y recordando la forma en que lo habían hecho anteriormente, se inclinó para recoger un pedrusco.

Con gran asombro por su parte, sus manos pasaron a través de la piedra, sin conseguir moverla del suelo. Intentó cogerla una y otra vez, hasta que hubo de desistir, vista la inutilidad de sus esfuerzos.

—Creo que existe otro procedimiento más cómodo —dijo Farmley.

Echó a andar y atravesó limpiamente la esclusa, sin necesidad de tocar las puertas.

La claridad se hizo algo mayor al hallarse en el interior del laboratorio.

—¿Cómo puede sucedemos tal cosa? —exclamó Jimmy en el colmo del asombro—. ¿No decías antes que no éramos fantasmas? Entonces, ¿por qué rayos pasamos a través de las paredes?

Farmley sonrió.

—El laboratorio está situado en un plano dimensional distinto al nuestro, Jimmy. Yo te puedo golpear a ti y viceversa, pero es porque ambos estamos en la misma dimensión. Pero estoy seguro de que si ahora gritases, ninguno de los cuatro que hay ahí percibiría el menor sonido.

—Pero nosotros sí oíamos a De Souza y sus compañeros —arguyó el muchacho.

—Tal vez fue porque, en el momento de ser arrancados ellos a su dimensión habitual, llevaban puestos los cascos de vacío, con su transmisor de radio. Jimmy, ignoramos muchas cosas y ésta es una de ellas. Acaso, por medio de las ondas de radio, pudieran oírnos, pero también tendrían que ser emitidas a través de una emisora mucho más potente que la del traje de vacío. Y, si recuerdas que nuestros cascos se quedaron en el laboratorio, convendrás conmigo en que debemos olvidar ese procedimiento para comunicarnos con

la doctora.

—Ese maldito canalla habrá escondido los cascos —dijo Jimmy con rabia—. Ahora negará habernos visto y...

Aquél fue el momento en que López divisó la pistola del joven. Presenciaron la pelea y luego vieron cómo Stebbins era reducido a la impotencia.

—Se lo llevan prisionero —dijo Jimmy.

—Era de esperar —contestó Farmley—. Se han dado cuenta de nuestra desaparición y han venido a interrogar a Stebbins. Mi pistola le ha delatado.

—Pero no parece muy inclinado a decir cuanto sabe, Kid —se lamentó el muchacho.

—Bueno, lo importante es que saben que nos ha hecho desaparecer. Corabel... digo la doctora, es lo suficientemente lista para arrancarle la verdad. Entonces, opino, bastará realizar la misma operación, pero a la inversa, para regresar a nuestra dimensión normal. Mira, ya se dirigen hacia la salida. Sigámosles hasta la base.

* * *

Stebbins fue conducido a la base, en donde quedó encerrado en una habitación independiente, con guardias de vista, Monner se encolerizó al conocer la noticia y habló de una incursión devastadora, para arrasar el laboratorio del científico, pero Corabel supo moderar sus ímpetus y contenerle dentro de los límites de la más elemental discreción.

—Buena chica —comentó Farmley, después de contemplar sus acciones—. Vale lo que pesa, Jimmy.

—Doblaré su precio si nos saca del estado de fantasmas —murmuró el muchacho amargamente—. Y, si no te importa, Kid, ya empiezo a sentir hambre.

—Pasarán dos días antes de que sientas verdadero hambre —contestó el joven—. Ven, vamos a ver adonde se dirige la doctora.

Siguieron a Corabel, la cual llegó a su habitación, sentándose en el borde de su lecho, con expresión desconsolada. La joven escondió la cabeza entre las manos durante unos momentos. Los movimientos de sus hombros indicaban claramente los sollozos con los que

trataba de dar rienda suelta a la pena que la afligía.

—Está llorando por ti, Kid —dijo el muchacho.

—¡Cómo me gustaría hablarle! —suspiró.

Al cabo de unos minutos, Corabel se puso en pie. Sacó un pañuelo y se enjugó las lágrimas que aún quedaban en sus hermosos ojos. Luego, se llevó la mano a la garganta y tiró hacia abajo del cierre relámpago de su traje de una sola pieza.

—Jimmy, vuélvete —ordenó el joven en seguida—. Un caballero que se precie de tal, no debe presenciar nunca la intimidad de una dama.

Se volvieron de espaldas. Al cabo de poco rato, pudieron comprobar que Corabel se había metido en el lecho y apagado la luz.

—Está intentando dormirse. Vámonos.

—No hace tanto tiempo que se levantó —refunfuñó Jimmy.

—A veces, el sueño es una defensa contra los problemas propios —dijo Farmley sentenciosamente.

—¿Adonde vamos ahora? —preguntó el muchacho.

Era una curiosa sensación poder caminar libremente por todas partes, atravesando tabiques y mamparos sin la menor dificultad. Ellos veían al personal de la base, pero no eran vistos por nadie, lo cual, si en un principio podía parecer incómodo, a la larga acababa por ponerles nerviosos..

Farmley se detuvo al fin en un cuarto, en el cual un hombre se paseaba nerviosamente en el estrecho ámbito. Al ver a Stebbins, Jimmy sintiose poseído por la cólera y saltó sobre él, con ánimo de golpearle, pero su esfuerzo resultó inútil. Pasó «a través» del científico, sin que éste se diera cuenta en absoluto de su acción.

Farmley le agarró por un brazo.

—Así no harás nada, Jimmy —le reprochó—. Ven.

Poco después, estaban en el despacho de Corabel.

Farmley buscó un lápiz y quiso agarrarlo, pero sus dedos resultaban incorpóreos con respecto al lápiz y no pudo conseguir sus propósitos.

Jimmy comprendió las intenciones del ingeniero. A su vez, probó él, con el mismo resultado.

—¿Es que no va a haber un medio de comunicarnos con ellos? —gimió, desesperanzado.

CAPÍTULO XIII

Corabel estaba sentada tras su mesa de despacho, rígida y erguida, con los ojos brillantes y los labios prietos. Permanecía inmóvil y sólo se advertían en ella los movimientos naturales de la respiración, que provocaban un acompasado vaivén de un esbelto seno.

Monner estaba a su derecha, junto con Farkis. López y McLean estaban a la izquierda. A ambos lados del comedor, habilitado como tribunal, de tal modo que el centro quedase libre, se encontraban la mayor parte de los miembros de la base, salvo los que tenían alguna misión específica que desarrollar y que no podía descuidarse en modo alguno.

Dos soldados armados trajeron escoltado al profesor Stebbins. El científico había perdido el aire tímido y circunspecto que le había caracterizado hasta entonces y miraba a todos con expresión desafiadora.

—¿Qué es esto? —preguntó en tono burlón—. ¿Una reunión mensual de la «Asociación de Amigos de la Astronáutica»?

—Es algo más que eso, profesor —contestó Corabel impávidamente—. Es un tribunal que le va a juzgar a usted, acusado de asesinato en las personas del ingeniero Shann Farmley y del ayudante Jimmy Morris. Las cinco personas que tiene usted delante componen el tribunal. Como acusado, está en el derecho de defenderse a sí mismo o bien de elegir defensor. La decisión final es suya.

Stebbins sonrió con ironía.

—Puesto que me han condenado ya por anticipado, ¿qué diablos importa que me defienda yo o que me defienda otro? —exclamó—. La acusación, además de injusta, es infundada y arbitraria. Rechazo todos los cargos rotundamente.

—¿Significa eso que no asesinó a las dos personas mencionadas? —preguntó el general.

—Eso es lo que significa— respondió Stebbins.

—Tenemos pruebas que le acusan de modo irrefutable —dijo Corabel.

—La pistola que hallaron no es una prueba definitiva —alegó Stebbins.

—Bien —terció McLean—, entonces, díganos qué hacían en su laboratorio los dos cascos de los trajes espaciales de Farmley y su acompañante. No irá a decirnos que se los dejaron allí por descuido, ¿verdad?

Stebbins vaciló. Por primera vez se le vio amedrentado e irresoluto.

Murmullos que expresaban poca simpatía hacia el profesor se elevaron de entre la asamblea. Monner golpeó la mesa con la palma de la mano varias veces.

—¡Silencio, por favor! —reclamó imperativamente—. Profesor, conteste a la acusación que le ha formulado el ingeniero McLean. ¿Qué tiene que decir de los dos cascos espaciales que han sido hallados en su laboratorio? Es una prueba irrefutable, le acusa a usted de un modo que no puede rebatir en absoluto. ¡Confiese!

—¡No sé nada, no sé nada! —chilló Stebbins, lívido y descompuesto—. ¡Déjenme en paz! ¡Yo no vi a esos dos hombres, no les he visto...!

El capitán Farkis se inclinó hacia sus compañeros de tribunal.

—Ese hombre no parece estar en su sano juicio —comentó—. ¿Por qué no suspendemos el juicio durante un rato, a ver si se calma? Sería conveniente también que le examinase el médico de la base; por alguna razón desconocida, se niega en absoluto a reconocer la evidencia y esto no hace sino agravar su situación.

Corabel volvió los ojos hacia Monner.

—¿Qué le parece a usted, general? —preguntó.

—No es mala idea —convino el aludido—. Pero lo que me pregunto es por qué se resiste tanto a confesar lo evidente. ¿Es que sus trabajos le han debilitado la mente hasta ese extremo? Porque parece loco... si no lo está de veras.

—A mi me parece que está defendiendo sus aparatos —comentó López—. Si niega persistentemente, si consigue demostrar su inocencia, volverá a sus trabajos y nadie podrá saber jamás qué fue de Kid y de Jimmy. Pero si cede, nos enteraremos de la verdad y, tanto si sus máquinas interferían el proyecto como si no, él ya no podrá continuar sus experimentos. Eso es lo que está defendiendo y no otra cosa, en realidad.

La tesis del operador de radio parecía bastante aceptable.

—De todas formas —dijo Corabel—, ya no podrá continuar trabajando más en su laboratorio. Aunque me cueste seguir los pasos del doctor Earcutt, ese hombre ha terminado de trabajar para siempre en la PA-1 —levantó la voz—. El juicio queda suspendido, en tanto el médico de la base examina al acusado y emite un dictamen sobre su estado de salud. Eso es todo.

—¿Piensan que estoy loco? —preguntó Stebbins con acento de burla—. En tal caso, se me consideraría irresponsable, ¿no es así?

—Irresponsable lo sería de todas formas, aun teniendo la mente sana —contestó Corabel, hirviendo de indignación—. Un hombre que se porta como usted, es un irresponsable esté donde esté, haga lo que haga y por muy grande que sea su prestigio científico, que ahora no es más que basura. ¡Llévenselo a su cuarto!

El rostro de Stebbins se deformó a impulsos de la rabia que le acometió al escuchar las últimas frases de la joven. Quiso abalanzarse sobre ella, pero los dos guardias le arrastraron a la fuerza, sacándole del comedor, en medio de la repulsa y el abucheo generales.

Terriblemente pálida, Corabel se dejó caer de nuevo en su silla.

—Pero ¿por qué se porta ese hombre de semejante manera? ¿Por qué? —exclamó con acento gemebundo.

Nadie, sin embargo, supo darle una respuesta concreta. Y el desánimo se apoderó de la joven, quien empezó a dar a Farmley por perdido para siempre.

* * *

En aquellos instantes, Farmley y Jimmy se movían a través de la masa penumbrosa que no parecía tener principio ni fin.

—Me gustaría saber qué es lo que piensas hacer, Kid —preguntó el muchacho.

—Algo que deberíamos haber hecho desde un principio —contestó el joven—. Ya lo verás dentro de poco.

Minutos después, encontraron de nuevo el cadáver de De Souza. El casco con el transmisor de radio yacía a unos pasos de distancia.

—Recógelo, Jimmy.

El muchacho comprendió en seguida las intenciones de Farmley.

—Ellos llamaban por la radio y, sin embargo, nunca supimos entenderles —alegó.

—Bien, ya veremos —contestó él—. Es el único medio que tenemos para regresar a nuestra dimensión habitual. Vamos a ver si encontramos otro; lo necesitarnos para hacer pruebas de funcionamiento.

Encontraron un segundo casco. Hicieron las conexiones precisas y hallaron que los transmisores estaban en perfecto estado. Los aparatos funcionaban conectados a las baterías que suministraban energía y que se hallaban adosadas a los trajes espaciales da cada cual. Las baterías de De Souza y sus desgraciados compañeros estaban descargadas.

—Bueno, y ahora, de vuelta a la base, Jimmy.

—Me gustaría conocer tus intenciones, Kid —se quejó el muchacho.

Farmley se lo explicó. Jimmy pareció dudar.

—¿Tú crees que dará resultado? —preguntó.

—Bueno, ya son más de veinticuatro horas de ir y venir, buscando un remedio sin encontrarlo. ¿No crees que debemos hacer todas las pruebas necesarias para conseguir volver a nuestro plano dimensional habitual?

—¿Y si no lo conseguimos?

—¡Al diablo con el «si no lo conseguimos»! —exclamó Farmley, muy sulfurado—. Cuando veamos que no lo hemos conseguido, entonces será hora de pensar en lo que nos puede ocurrir, no antes,

Jimmy meneó la cabeza.

—Ese tipo... ¿por qué diablos se mostrará tan terco? —se preguntó, aunque hablando en voz alta.

—Es del tipo de científico que no quiere compartir su secreto con nadie —contestó el joven—. Además, está haciendo todos los esfuerzos para que no le examinen la maquinaria. Es una obsesión que tiene, rayana en la locura, y todo lo que sea contrario a esa obsesión, es nocivo... para sus intereses, claro. Stebbins ha llegado a un punto que, si para concluir con éxito sus experimentos, tuviese que sacrificar a todo el personal de la base, lo haría sin sentir el menor remordimiento.

—Tal vea sea como dices, Kid —convino el muchacho melancólicamente.

Llegaron a la base. Atravesaron mamparos y tabiques hasta llegar al cuarto de Corabel.

La doctora se hallaba en su lecho. Sus cabellos estaban esparcidos por la almohada y tenía los ojos cerrados. Un brazo, blanco y mórbido, asomaba por fuera de la almohada. Corabel dormía, pero era evidente que su sueño resultaba muy agitado. Sus labios se movían con frecuencia y de su pecho se escapaban numerosos suspiros, con ritmo irregular. Su frente aparecía brillante, cubierta por una infinidad de minúsculas gotitas de sudor.

—Está soñando contigo —sonrió Jimmy.

—Tal vez —convino el joven, íntimamente satisfecho.

Conectó el aparato de radio y se dispuso a hablar por el micrófono. Pero antes hizo otra cosa.

Cerró los ojos. Concentró la mente.

Jamás, antes de aquel momento, había hecho nada parecido. Ni siquiera sabía si daría resultado, pero era una idea que se le había ocurrido y estimaba que tal vez podía tener cierto éxito. Parecía descabellada, pero...

Apretó los puños instintivamente. Trató de proyectar su cerebro hacia el interior de la joven. La habitación y cuanto le rodeaban desaparecieron de su vista.

—¡Corabel! —llamó.

No la vio físicamente, pero sintió que la joven habla captado su llamada. Había encontrado bajadas las defensas mentales de Corabel, merced al sueño, y percibió con claridad su despertar, aunque confuso todavía.

—Corabel, soy yo, Shann Farmley. No te asustes, no estás soñando... Por favor, concentra tu mente hacia mí... ¿Me oyes? ¿Me entiendes?

La respuesta le llegó gozosamente arrebatadora.

—¡Sí, te oigo, Kid! —gritó la joven.

—Sigue como estás... No te pongas nerviosa... Relaja tu mente...

—¿Dónde estás, Kid? ¡Dímelo, pronto! —«gritó» Corabel mentalmente.

La voz de la joven se alejó de pronto.

—¡Corabel! —exclamó Farmley, enojado—. He dicho que no te excites o perderemos el contacto mental.

De nuevo volvió la voz de Corabel.

—Sí, Kid, lo que digas. Pero, por favor…

—Escucha y calla. Es difícil explicarte dónde me encuentro… Cuando Jimmy y yo fuimos a investigar el laboratorio del profesor Stebbins, éste nos atacó y nos metió dentro de uno de sus aparatos, proyectándonos a un plano dimensional distinto del nuestro. Nos movemos normalmente y respiramos de modo corriente, pero corremos un gravísimo peligro: el mismo que corrieron De Souza y sus compañeros y que, al fin, terminó por causarles la muerte.

—¡Cómo! ¿Han muerto esos pobres desdichados?

—Sí. La interferencia de la máquina del profesor los proyectó fuera de nuestro espacio habitual y, al no poder regresar, perecieron de hambre y de sed.

Corabel emitió un gemido de espanto.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Ahora —dijo el joven—, es preciso que vayas a ver a Stebbins y, de fuerza o por grado, le obligues a que nos traiga de nuevo a nuestro plano dimensional ordinario. Él es el único que puede conseguirlo, ¿comprendes?

—Sí, Kid —contestó la joven—. Lo haré en el acto.

CAPÍTULO XIV

Corabel encendió la luz y se sentó en el lecho, notando que el sudor la empapaba. ¿Era cierto que había estado hablando con Kid? ¿No se trataba de una pesadilla provocada por una sobreexcitación de sus sentidos?

De todas formas, había un medio de comprobarlo: hablar con el profesor Stebbins.

Saltó del lecho y se metió en el baño. Una ducha de agua fría templó no poco sus nervios, sobreexcitados a causa de la conversación que acababa de sostener con Farmley. Luego se vistió y, sin pensárselo dos veces, salió de su cuarto y se encaminó al encierro del científico.

Había un hombre en la puerta, perteneciente a la patrulla del capitán Farkis. El calabozo del profesor Stebbins carecía de ventana y, aunque la hubiese tenido, la pared daba al espacio exterior, por lo que le resultaba absolutamente imposible escapar por aquel sitio.

—Abra —ordenó Corabel al vigilante—. Quiero hablar con el profesor Stebbins.

—Bien, doctora.

El guardia hizo girar la llave en la puerta. Corabel franqueó la entrada.

Stebbins se hallaba tendido sobre su camastro, sin haberse quitado siquiera la ropa. Miró a la joven y una mueca de burla curvó sus labios en el acto.

—¿Viene a persuadirme de que hable? —preguntó en tono sarcástico—. No lo haré, doctora. ¡Nunca!

—Es usted un tipo terco y obstinado —respondió la joven sin inmutarse—. Manteniendo su silencio, pretende proteger el secreto de sus trabajos, secreto que, por otra parte, nadie tiene, el menor interés en averiguar. Pero en este caso concurren otras circunstancias, que le fuerzan a actuar de una manera muy distinta a como usted esperaba.

—¿De veras? —dijo Stebbins—. Vamos, hable claro de una vez, doctora.

—He estado hablando con el ingeniero Farmley. Todavía está vivo. Pero corre gravísimo riesgo de morir de hambre y sed, como murieron cinco hombres antes que él. Usted lo proyectó a un plano dimensional distinto al nuestro. Es usted el único que sabe hacer funcionar su máquina y el único que puede devolver a Farmley y a su acompañante a nuestro espacio normal. Le ruego que lo haga, profesor.

Los ojos de Stebbins brillaron con furia demoníaca. Corabel se dio cuenta de que el hombre, en cuanto se relacionaba con sus experimentos, era un peligroso demente y no cedería en absoluto de su primera determinación.

—Por favor —pidió.

—Váyase al diablo —barbotó Stebbins.

—¡Puedo forzarle a ello! —apuntó la joven, perdiendo la paciencia.

—¿De qué forma? —inquirió Stebbins,

Corabel se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—¡Guardia!

El hombre se volvió.

—Sí, doctora… ¡Cuidado! —chilló de pronto, a la vez que

buscaba echar mano a la pistola.

Corabel giró en redondo. En el mismo instante, sintió un terrible empujón que la lanzó rodando a un lado.

El guardia trató de defenderse de la inesperada acometida del profesor. Pero era tarde ya; Stebbins, cuya fuerza se había duplicado por la furiosa locura que le poseía, le derribó de un tremendo puñetazo que le dejó sin sentido en el acto.

Inmediatamente, se inclinó sobre él y le desposeyó de la pistola. Luego, mientras Corabel se esforzaba por recobrar el equilibrio, se lanzó corredor adelante, en busca de la esclusa de salida.

Un hombre apareció de pronto ante él.

—¡Deténgase, profesor! —gritó el sujeto.

Stebbins le disparó un tiro. La bala alcanzó al hombre en un costado y le derribó fulminado.

Stebbins pasó por encima del obstáculo. En pocos segundos, alcanzó la esclusa.

Una demoníaca carcajada se escapó de sus labios.

—¡Vamos a morir! —gritó, frenético—. ¡Todos, todos! ¡Dejaré escapar el aire y...!

Su dedo se apoyó en el botón de apertura de la compuerta externa. Ésta empezó a deslizarse a un lado.

La esclusa era grande, tanto para permitir el paso de personas como de material que tuviera que ser utilizado en el interior de la base. En cuanto el demente consiguiera abrir la compuerta interna, el aire se escaparía al vacío y todos cuantos se hallaban en la base, perecerían fulminantemente.

Farmley y Jimmy presenciaron la escena desde su dimensión.

—¡Hay que hacer algo! —gritó el muchacho—. ¡Ese hombre se ha vuelto loco de verdad y los va a matar a todos!

Farmley pensó que, de algún modo, la llamada «locura del espacio», enfermedad mental que, por otra parte, era menos rara de lo que se decía, se había apoderado de Stebbins. La soledad, el aislamiento en su laboratorio, el exceso de trabajo... ¿quién podía dictaminar las causas con claridad?

Pero sí veían los efectos. Y éstos prometían ser catastróficos.

—¡Jimmy! —gritó—. Concentra tu mente en la del profesor. Ordénale que permanezca quieto. Rápido o se producirá un desastre.

Los dos hombres hicieron un tremendo esfuerzo mental. El cuerpo de Stebbins sufrió de pronto una terrible convulsión.

Todos los que estaban en el vestíbulo de la esclusa, contemplaron la escena, sin comprender en absoluto lo que sucedía. Por mucha prisa que se hubiesen dado, ya no habrían llegado en modo alguno a detener la mano de Stebbins, que ya se encaminaba hacia el botón de apertura de la compuerta interna.

Aterrados, esperaron la muerte. De pronto, vieron que la mano del profesor retrocedía de modo convulsivo.

Aún intentó Stebbins levantar el brazo de nuevo, pero al fin cedió. Entonces, un tropel de hombres cayó sobre él con terrible furia.

—¡Quietos! —gritó Corabel, que era la única que entendía lo que había sucedido—. ¡Respeten su vida o el ingeniero y Jimmy morirán! ¡Sujétenlo, pero no le hagan el menor daño!

McLean y López se unieron a los esfuerzos de la muchacha, consiguiendo rescatar a Stebbins de las manos del furioso grupo de hombres que había querido saciar su cólera en el científico. Entonces le oyeron hablar, respondiendo a alguien que le daba una orden y a quien ellos no podían ver, ni tampoco escuchar lo que decía.

—Está bien, señor Farmley. Lo haré como usted ordene. Ahora mismo iremos a mi laboratorio y les corporeizaré de nuevo a los dos.

La reacción de Corabel al oír aquellas palabras y comprender las causas por las que habían sido pronunciadas, fue todo lo lógica que cabía esperar en una mujer: se echó a llorar. Pero sus lágrimas eran de alegría.

Y aún lloró más cuando, una hora después, vio surgir a Farmley y a Jimmy, apelotonados y hechos un ovillo, en la caja de cristal.

Se abrió la puerta y los dos hombres forcejearon por salir el primero. Cada uno de ellos tenía un motivo distinto para su prisa.

—¡Quiero comer! —vociferó Jimmy—. ¡Estoy muerto de hambre! ¡Comida, comida! ¿Dónde hay comida?

Farmley también tenía un hambre espantosa, pero antes de saciarla quería comprobar una cosa.

Y lo consiguió. Apenas se hubo puesto en pie, Corabel saltó a su cuello y le abrazó apasionadamente, sin preocuparse de cuantos

estaban a su alrededor.

* * *

La astronave que se llevó al profesor Stebbins, al cargo de un psiquiatra llegado especialmente para acompañarle, trajo también la tercera pieza F-2.

—Sus trabajos son interesantes —comentó Farmley—, pero de poco interés práctico por el momento. Sacar a un hombre de su espacio normal o trasladar a un animal a dos años en el futuro, por ahora, no pasan de ser entretenimientos de altas matemáticas y física superior. Por ahora, lo nuestro es mucho más interesante.

—Sí, tienes razón —convino—. Parada ahora su maquinaria, es de suponer que no haya ya más fallos en la proyección de F-1 a F-2 y viceversa.

Montar el nuevo aparato les llevó un par de semanas. Al fin, todo estuvo dispuesto para la prueba.

Cuando llegó el momento, un chorro de una materia brillante, que despedía infinidad de destellos en su interior, salvó el espacio que había entre el asteroide y su satélite. La prueba duró sólo un minuto, el tiempo en que el satélite orbitaba sobre las cabezas de todos los presentes.

Al terminar, se divisaron varios montones de materia brillante de distintos colores. El blanco de hierro era distinto del blanco del níquel y del rojo brillante del cobre. Los metales habían sido extraídos de las entrañas del asteroide y transportados, convertidos en un chorro de partículas moleculares, a través del espacio, en donde, al llegar a la pieza receptora, habían sido agrupados después, en lingotes de forma irregular, pero de contenido prácticamente puro.

Farmley suspiró. Se preguntó quién habría autorizado la presencia de Stebbins en el asteroide. Tal vez, de haber sido denegado aquel permiso se habrían salvado cinco vidas humanas. ¿Era que los experimentos de Stebbins necesitaban el espacio como ambiente para su puesta en práctica?

Ahora ya no importaba en absoluto. El proyecto Fuerza 1.000 había dado un resultado por completo satisfactorio.

Se montarían nuevas piezas F-1 proyectoras y F-2 receptoras,

éstas en la Tierra. Se montaría también una colosal planta de energía y luego, llegado el momento, decenas de kilómetros cúbicos de hierro, níquel y cobre, serían proyectados por el espacio hasta la Tierra, que necesitaba desesperadamente dichos metales.

Pero Farmley y Corabel tomarían parte en la segunda fase del proyecto. Ambos tenían entre manos otro mucho más interesante.

—El director del proyecto seré yo —dijo Farmley en tono que no admitía duda.

—¿A qué proyecto te refieres?

—A uno que se me ocurrió cuando vi que llorabas por mí.

Corabel enrojeció de manera deliciosa.

—No te lo merecías, Kid. La primera vez que nos vimos...

—Calla, no puedes tirar la primera piedra —la interrumpió él—. Viniste al asteroide con el mismo ímpetu que un elefante en una cacharrería, pero no dejaré que hagas lo mismo después de que hayamos llevado a cabo el proyecto B—l.

—¿B—l? —repitió ella, extrañada—. ¿Qué quiere decir, Kid?

—Boda número uno —contestó él, echándose a reír.

Corabel meneó la cabeza.

—Esa designación es incorrecta, querido.

—¿Por qué? —preguntó Farmley.

—Parece que sea la boda de uno solo y para que se produzca ese fenómeno, porque tratándose de ti y de mí, va a ser todo un fenómeno, se necesitan dos. De modo que le llamaremos proyecto B—2 y... no te cedo la dirección del mismo.

Farmley rodeó con sus brazos la esbelta cintura de la joven.

—Pobre de ti si no lo hubieras hecho —murmuró, inclinándose para besarla.

Pero, en el fondo, sabía que ella acabaría por dirigirle. Y no le importaba demasiado, porque eso es lo que suele ocurrir en todo matrimonio.

FIN